

Nunca digas nunca

pero

tampoco

digas siempre

Limpio con la manga el vaho de la ventana del coche. Los primeros rayos del sol asoman entre las montañas derritiendo el rocío de las hojas. Estas son las primeras navidades que voy a pasar con mis abuelos desde hace mucho tiempo. Normalmente vamos de visita en verano, pero este año las cosas se han complicado. En el coche, mi padre va al volante y su nueva novia intenta pintarse los labios en el asiento del copiloto. Los baches del camino se lo están poniendo complicado y no puedo evitar sonreír desde el asiento trasero. No es que me caiga mal, es buena chica, pero mamá no se merecía estar sola. Por eso elegí durante el divorcio quedarme con ella. Cada noche le oía llorar desde mi cuarto y terminábamos durmiendo acurrucadas en la cama de matrimonio, demasiado grande para una sola persona. Con todo el papeleo y la mudanza han decidido apartarme durante un tiempo, y por una parte lo prefiero. En el pueblo tengo buenos amigos y estoy segura de que podré desconectar de todo y relajarme. No es fácil tener amigos en un pueblo en el que con suerte pasas un mes de verano al año, pero las nuevas tecnologías ayudan y puedo decir que mi mejor amiga se encuentra allí, a más de cien kilómetros de la ciudad.

Las primeras casas del pueblo aparecen dibujadas tras una hilera de arbustos que también cubren el cartel de bienvenida. Piedras apiladas tan antiguas como las personas que viven tras ellas. Ladrillos ennegrecidos decoran algunas paredes reconstruidas por los temporales de los últimos años y conducen el humo de las chimeneas hacia el cielo.

Mis abuelos remodelaron hace un par de años la casa, pero conservaron la chimenea y el estilo de su época en las paredes del exterior, ahora cubiertas por nieve y hielo. Mi abuelo convirtió el desván en una sala de juegos y amplió mi cuarto para que tuviese más espacio. Tampoco es que me lleve la casa a cuestas cada vez que les visito, pero los libros y la ropa ocupan más que un par de juguetes y la ropa de verano.

Cierro la puerta del coche con un portazo y saco mi maleta roja del maletero. Mientras la arrastro por el camino de piedras noto que mi padre me está gritando pero la música de los cascos no me deja escuchar lo que dice. Tampoco es que me importe. La nieve se amontona a los lados del camino. Mi abuela abre la puerta con una sonrisa. Intento devolvérsela debajo de la bufanda pero no lleva las gafas puestas así que dudo de que haya advertido el gesto. Una ola de fuego traspasa toda mi ropa hasta llegar a la piel. Bajo la cremallera del abrigo a la vez que me quito los cascos y dejo la maleta al pie de las escaleras que suben hacia las habitaciones. En el pasillo han desaparecido las fotos en familia, ahora los marcos protegen fotos más de cuando era pequeña.

El fuego está encendido en el salón, acompañado por el rítmico sonido del radiador. Mi abuelo descansa sobre el sillón. Es la primera visita que hacemos desde que todo empezó, pero por las llamadas que escuchaba a escondidas sé que se sienten defraudados por la actitud de su hijo. No me puedo imaginar en esa situación pero me alegra que apoyen a mi madre. Si no fuese así estoy segura de que pasaría las peores navidades de mi vida escuchando gritos y llantos.

– ¿Qué tal el viaje hija? - doy un beso en la mejilla a mi abuelo y me siento en el sofá frente a él. Su voz cada año está más ronca desde que le diagnosticaron cáncer. Las pastillas de momento lo mantienen a raya, pero los síntomas cada vez son más notables aunque intente disimularlos ocultando el movimiento compulsivo de sus manos dentro de los bolsillos de la chaqueta.

– Bien, mucha nieve - me froto las manos para que entren en calor. La mesa está perfectamente colocada, una bandeja con turrón y mazapán descansa en el centro. Sobre la chimenea dos candelabros sin vela defienden el viejo reloj de cuco que marca las ocho y cinco con sus manecillas de madera. Las cortinas de la ventana atrapan los primeros rayos del sol dejando que la claridad se filtre entre el bordado de flores y se refleje por toda la sala. Mi padre atraviesa la puerta del salón seguido de Sophie y mi abuela, que presiona el interruptor, apagando la luz artificial de la bombilla.

– Te veo bien - la situación se vuelve incómoda a la hora de saludar. No hacen falta presentaciones

y mi abuelo ni siquiera levanta la vista para observar a la pareja.

– Ya has traído a la niña, puedes marcharte.

– Marcos no seas así con el niño - mi abuela interviene desde la puerta, intentando calmar el ambiente con una bandeja de galletas recién hechas y chocolate caliente.

– No te preocupes mamá, nosotros ya nos vamos, tenemos que estar en la ciudad antes del almuerzo - Jose agarra a Sophie de la mano y se dan la vuelta.

– Esta bien, tened cuidado y llama cuando llegues - la puerta de la calle corta la frase y Adela deja la bandeja sobre la mesa, a mi lado, empujando a un lado la otra bandeja. Coge las tazas de porcelana que sobran con los dedos y se marcha a la cocina. Sin pensarlo dos veces hago caso omiso de lo que acaba de pasar y sirvo el chocolate en las tres tazas que quedan.

– Está muy caliente, ten cuidado no te quemes - advierte mi abuelo cuando agarro la taza. En realidad ya lo sabía pero así se me calentarán más rápido las manos. - Recuerdo la primera Navidad que tus padres te trajeron. Estabas tan emocionada con el chocolate que te quemaste la lengua al beberlo y tu madre fue corriendo al mercado a comprarte helado.

– El resto de las navidades lo pasé intentando limpiar las manchas de chocolate de la alfombra - la voz de mi abuela llega desde la cocina. Puede que sea corta de vista, pero aún conserva el oído de su juventud. Muevo los pies buscando con la mirada una de las manchas. La alfombra es de color caoba pero pasan desapercibidas por el estampado de flores marrones.

– ¿Qué tal está tu madre? - mojo los labios en el chocolate y los repaso con la lengua.

– El médico le ha recetado unas pastillas para dormir - no creo que haga falta añadir nada más. Mi abuela se sienta a mi lado y me acaricia la pierna con la mano.

– Sabes que está puerta siempre estará abierta para ti cariño, y puedes llamar cuando quieras.

– Gracias abuela - dejo el chocolate sobre la mesa. – Voy a deshacer la maleta en lo que se enfriá.

– ¿Quieres que te ayude a subirla?

– No hace falta abuelo, ya no soy una niña pequeña - en realidad necesito estar un momento a solas. He aprendido a disimular que no me importa lo que pase a mí alrededor pero me afecta más de lo que me reconozco a mí misma.

Recojo la maleta y con cuidado subo escalón a escalón oyendo el crujido de la madera bajo mis pies. Por suerte los ojos ya no se me enrojecen después de llorar y nadie pregunta si me encierro en mi cuarto, pero me gustaría que alguien abriese la puerta y me diese un abrazo. El baño está al final del pasillo, y a su izquierda mi habitación. Las paredes marrones brillan anaranjadas por los rayos del sol. Todos los muebles son de madera, la cama, el armario, el escritorio. El peso de la maleta arruga las mantas verdes que visten la cama. El estridente sonido de la cremallera se mezcla con el del timbre. Me detengo a escuchar el saludo de mi abuela y una voz que reconozco al instante. Antes de que pueda llegar a las escaleras Sonia me abraza y nos quedamos paradas en mitad del pasillo mirándonos. No ha cambiado nada desde el último verano, salvo que su piel está un poco más blanca y sus mejillas enrojecidas por el frío.

– Te he echado de menos preciosa.

– Y yo a ti.

– Tengo un montón de cosas que contarte, pero primero de todo, ¿qué tal estás?

– Bien, sobreviviré, no me apetece hablar de eso - me agarra de la cintura, haciendo que gire ciento-ochenta grados y entre en mi cuarto. Cierra la puerta sin hacer ruido. Sus ojos brillan y tiene una sonrisa que reconocería en cualquier sitio - ¿Quién es el afortunado?

– Sebas, es increíble, aún no me lo creo, pero ya llevamos un tiempo y es alucinante, sensible, cariñoso – suspira – nos queremos un montón.

– Me alegra mucho por vosotros - echo a un lado la maleta y nos sentamos en la cama.

– Pero eso no es todo. Alba y Jesús también están juntos - se me cae el alma al cielo, ¿todos han decidido emparejarse? - El otro día les pillamos besándose en la cabaña, hace años que no vamos y

aún se mantiene en pie, pero no entran más de dos personas. Si les hubieses visto, estaban tan pegados que....

– Bueno, así se dan calor – interrumpo.

– Es lo mismo que dijo Tomas - ya me había olvidado de él. El cabecilla y chulito del grupo con el que siempre discutía, desde niños nuestra rivalidad ha sido la base de la amistad.

– ¿Y Tomas tiene novia? - no es que me importe, sino que simplemente no me gusta estar de sujetavelas con mis amigos. No he venido hasta aquí para eso, aunque me divierte pensar que él ha tenido que hacerlo en los últimos días.

– Que va, haría falta un milagro para que una chica quisiese estar con él. Desde que empezó el invierno está de un borde inaguantable – me imagino la razón. – Pero bueno, ya lo hemos organizado todo para quedar mañana en mi casa y hacerte una fiesta de bienvenida - me había hecho a la idea de que hoy también quedaríamos, pero imagino que ya tendrán sus planes.

– Genial, pero no esperéis que beba alcohol.

– Joe, eres una sosa, lo divertido de la fiesta está en beber – alagar la última “e” con un bostezo que no tarda en contagiarme, entonces noto que lleva cada uña pintada de un color cuando se lleva la mano a la boca para disimularlo.

– Creo que deberíamos continuar esta conversación mañana, porque te estás muriendo de sueño.

– Encima que madrugo para venir a saludarte.

– Lo sé, pero ya lo has hecho, puedes volver a la cama.

– Buf, creo que tienes razón, no quiero tener ojeras esta tarde - retengo una carcajada en la garganta. Sonia nunca tendrá ojeras, tiene un arte para ocultarlas bajo un par de capas de maquillaje, discreto pero eficaz.

Nos despedimos en la puerta con dos besos en las mejillas y cuando me dispongo a subir las escaleras de vuelta a mi cuarto, olvidándome del chocolate que se enfriaba en la mesa, mi abuela me avisa desde la cocina de que el almuerzo estará listo en un rato, suficiente para que eche un breve sueño en la cama. Despues de recargar las fuerzas desharé y colocaré todo lo que hay dentro de la maleta, o al menos eso es lo que pienso cuando hundo la cara en la almohada y el sonido del móvil me obliga a moverme. Lentamente tanteo la zona de la cama que vibra por culpa del teléfono sin cambiar de postura y una vez que me adueño de él me lo coloco en la oreja.

– ¿Ya has llegado cariño? - la suave voz de mi madre sale del aparato.

– Si, hace un rato, lo siento se me ha olvidado llamarte – me disculpo reteniendo un bostezo.

– No te preocupes, estarás cansada ¿qué tal están los abuelos?

– Bien, los dos bien. Hace un frío horrible, menos mal que me obligaste a meter el equipo de la nieve porque aquí llega hasta las rodillas – exagero en un intento de animarle para que no se preocupe por mí, bastante tiene consigo misma.

– Me alegra. Bueno, para eso estamos las madres, recuerdo un año que tu padre y yo... - la frase no termina mientras sus recuerdos viajan demasiados años atrás.

– No pienses en eso mamá – intento detenerlos – Sonia está saliendo con Sebas, mañana me harán una fiesta de bienvenida en su casa.

– Oh vaya, estupendo, diviértete y no te preocupes por mi – las palabras no logran disimular el tono deprimido de su voz.

– Lo haré, no te preocupes tú y descansa, y llámame si me necesitas – añado para despedirme – un beso.

– Un beso hija.

El cuarto se queda en silencio, dejo el móvil sobre la mesita al lado de la cama y sin despegar la cara de la almohada dejo que las lágrimas traspasen la funda verde, oscureciéndola. Es frustrante no poder hacer nada, ver como una persona a la que quieres tanto sufre por culpa de otra persona

importante. No puedo culpar a mi padre, yo misma sé lo caprichoso que es el corazón con tan solo veinte años, pero eso no le quita la culpa. También sé que yo no tengo la culpa, ya soy mayor, cambié sus vidas porque ellos decidieron que así lo hiciese, pero no poder hacer nada... Mi madre siempre ha sido una mujer dedicada al trabajo, no tiene grandes amigas, un par de vecinas y poco más, es su forma de ser. Sin embargo mi padre siempre rodeado de gente, viajando y sin detenerse demasiado en casa, es el que ha salido ganando con todo, él no nota la diferencia, no la sufre como mamá. Le agradezco que nos dejase quedarnos con la casa y se marchase cuando mi madre no pudo soportarlo más, pero ahora se ha quedado sola y sin amor está perdida, yo ya no puedo ser su niña pequeña, también pronto me marcharé. Eso es lo que me gustaría pensar, pero seguramente me quede con ella para hacerla compañía hasta que termine de estudiar o incluso más tiempo, no lo sé, no me gusta mirar tan al futuro desde que sucedió todo esto, pero me gustaría pensar que volverá a encontrar a otro hombre que le haga feliz, o eso fue lo que dije la última noche que pasé con ella. Debo conservar la esperanza por ella.

1. Noche de confesión

La fiesta por fin ha llegado. Pasar un día entero en casa de mis abuelos que no tienen ni televisión no se me ha hecho pesado, pero las oportunidades de detenerse a pensar son demasiado constantes y al ser un colchón diferente del que estoy acostumbrada también he pasado mala noche. Sin embargo sé por experiencia que en un par de días me habré acostumbrado y dormiré como un lirón hasta que mi abuela me despierte para desayunar.

La casa de Sonia es la siguiente en la fila de casas que llegan hasta el centro del pueblo por la vieja carretera. Está completamente remodelada por su padre, tienen calefacción, aire acondicionado, televisión, ordenadores y hasta conexión a internet, una de las mejores del pueblo, sin contar con que hasta en el garaje hay cobertura para hablar por teléfono. Nunca he entendido como Sonia soporta tener que levantarse dos horas antes que el resto de sus compañeros para llegar hasta la universidad más cercana, que ni siquiera es la de la ciudad. No es especialmente brillante con sus notas pero se las apaña y ha conseguido hacer amigas allí. Espera que para este verano sus padres le regalen un coche y yo también lo espero, así podré verla más a menudo. La última vez que hablamos fue hace una semana y sé que desde hace por lo menos un mes me ha estado ocultado que salía con Sebas, supongo que para tratar de sorprenderme y hacerme pensar en otra cosa mientras estoy en el pueblo.

Antes de llamar a la puerta escucho el ruido que viene de dentro, varias voces femeninas discuten sobre la colocación de algo, Sonia y Alba, son dos polos opuesto en lo que a opiniones se refiere pero no en la energía que desprenden. Alba vive un par de casas más arriba, casi en el centro del pueblo y trabaja con su madre en la farmacia que está en la plaza, la única farmacia del pueblo. No estudió bachillerato, simplemente hizo cursos de farmacia y aprendió de su familia lo que era necesario para llevar el negocio, considera estudiar una pérdida de tiempo porque nunca se le ha dado demasiado bien. Todos los veranos era la única que tenía que estudiar para las recuperaciones, la única de las chicas, los chicos son un tema aparte. Su noviazgo con Jesús es bastante más sorprendente que Sonia y Sebas, porque ellos dos sí que son polos completamente opuestos. Jesús es un chico calmado, que rara tarde dice más de dos frases y le encanta aprender, leer, pero es un vago cuando se trata de aprender cosas que no le interesan, como la mayoría de asignaturas. El verano pasado había conseguido terminar bachiller después de repetir un par de cursos, pero Sonia no me ha contado ninguna novedad de nadie, así que estoy un poco perdida con lo que pasa en la vida de los demás. Sebas siempre ha sido un alma libre, desde los dieciséis

años con los que terminó la educación obligatoria ha ido cambiando de uno a otro trabajo en el pueblo y los pueblos cercanos, y al ser joven tiene bastante suerte, no pasa más de dos meses sin trabajar y desde el verano pasado el taller de carpintería del pueblo se ha convertido en su segunda casa. Tomas era el más prometedor de los tres, la mayor parte de los años aprobaba pasando con una asignatura pendiente pero fue suficiente para que entrase a la universidad, aunque Sonia no me contó lo que había elegido seguramente sea algo relacionado con el público, le encanta tener un público que aplauda sus elocuencias y ríe sus gracias.

– ¿Vas a entrar o te piensas quedar en el felpudo mucho rato? - la voz del líder y payaso de nuestro peculiar grupo llega desde mi espalda.

– Un placer volver a verte Tomas – respondo volviendo la cabeza con una sonrisa ignorando su pregunta. La seriedad de su cara me provoca un escalofrío, pero decidido continuar con el plan de ignorarle y llamo al timbre.

– ¡Por fin estáis aquí! - Sonia aparece tras la puerta con un delantal amarillo y el pelo cubierto de harina. - Vamos Tomas, los chicos te necesitan en el salón – sin esperar respuesta le toma del brazo y le arrastra dentro golpeándome en el hombro, sin siquiera volverse para disculparse abre la puerta hacia el salón. - A ti te toca esperar un rato en la entrada, pero no te preocupes te haré compañía.

– ¿Qué se supone que tratabas de hacer con la harina? - no puedo evitar preguntarle cuando se cierra la puerta y el calor empieza a volver a mis manos.

– Ah, ya lo verás, es lo malo de hacerte las fiestas a ti, no tenemos quien cocine.

– Podrías haberme pedido que trajese un pastel, así me habría entretenido esta mañana – comento mientras me quito el abrigo y lo cuelgo en el perchero repleto ya de otros abrigos. Como tendría que hacer malabares para colocar la bufanda, termino por meterla en uno de los bolsillos del abrigo y me siento en las escaleras que suben hacia la planta de arriba. - Bueno, ¿cuál es el plan para la fiesta?

– Se supone que es una fiesta sorpresa, así que tendrás que aguantar un rato – dice Sonia mirando a través de los cristales de la puerta e intentando quitarse la harina que todavía le queda en el pelo. - ¿Me ayudas? - me ordena en forma de pregunta.

– Deberías echarte un poco de agua – aconsejo al ver el desastre.

– Perfecto, vamos al baño – me arrastra escaleras arriba cogiéndome de la manga de la camiseta roja que estreno, regalo de mi madre antes de dejarle sola.

El baño de la parte de arriba de la casa se supone que es de todos, pero está claro que Sonia lo ha invadido. No queda ningún hueco libre en las estanterías o los bordes de la bañera para colocar un bote más. Las luces azuladas dan un toque romántico al cuarto, no las recordaba de la última vez. Me apoyo en la puerta mientras veo como se moja las ondas color canela con el agua que sale del grifo del lavabo a máxima presión creando olas de espuma cerca del agujero por el que se escapa.

– ¿Qué tal están tus padres? - pregunto en un intento por comenzar una conversación.

– Bien, ya sabes en los Alpes esquiando como todos los años. Creo que voy a maquillarme ya que estoy aquí arriba – abre el cajón de debajo del lavabo y saca una bolsa oscura que contiene todo lo que necesita. - ¿Quieres un poco de sombra de ojos?

– No, no hace falta, gracias – intento evitar que me incluya en su plan.

– Vamos, estarías fabulosa, tenemos tiempo, déjame que te maquille – suspiro con resignación.

– Esta bien, pero me siento.

– De acuerdo, ponte cómoda – termina de maquillarse y se gira hacia mí. - Confía en mí, te dejaré espectacular.

– En realidad te encanta tener una muñeca de pruebas – le saco la lengua y cierro los ojos. - Puedes empezar.

Sin decir ni una palabra comienza una explosión de texturas sobre mi piel con el lápiz, los pinceles... cada nuevo instrumento produce una sensación nueva en mi cuerpo. Desde pequeña siempre me ha gustado que me acaricien, me hace sentir a salvo, tranquila, podía llegar a dormirme solo con un par de caricias en la cara, y supongo que aún podría hacerlo.

Un par de golpes rítmicos en la puerta me devuelven a la realidad de la que no sé durante cuánto tiempo he estado ausente.

– Un segundo, ya casi estamos – contesta Sonia terminando de perfilarme los labios. - Lista.

– Estupendo – abro los ojos lentamente y sonrío.

– Ya podemos bajar – sin parar a mirarme en el espejo sigo a Sonia escaleras abajo, observando la melena rubia de Alba delante de nosotras.

– Estas guapísima Laura – me abraza al llegar a la entrada – es un placer volver a verte.

– Gracias, yo también os he echado de menos.

– Vamos, no será para tanto, seguro que has estado entretenida en la universidad ligando con los sexys chicos de tu clase – nos reímos a la vez, las tres sabemos que yo no sería capaz de hacer eso.

– Esos te los dejo a ti, yo prefiero dedicarme a enseñar a los niños.

– Esos niños que nunca tendrás como sigas así – comenta Sonia a la vez que abre la puerta del salón dejando al descubierto la sorpresa.

La enorme sala está decorada igual que hace diez años, cuando en mi décimo cumpleaños subí en invierno a ver a mis abuelos y todos me prepararon la fiesta con un par de meses de adelanto. En esa época fueron nuestros padres quiénes se encargaron de colgar del techo globos y serpentinas, mover los sillones hacia los lados y dejar libre el centro del salón para poner una sábana de colores imitación del twister que ahora la sustituye. Incluso el detalle de la tarta que mi madre preparó para ese día está exactamente igual.

– Me encanta, no sé qué decir chicos, muchas gracias – sonrío.

– Pues nada, ya sabes, este año no hay regalos porque el regalo somos nosotros – se acerca Sebas para abrazarme. - Es un placer verte antes de lo habitual.

– Gracias – después de soltarnos veo como se coloca detrás de Sonia mientras camino hacia el sofá en el que el resto de chicos están sentados con una bebida en la mano. - Gracias chicos – solo Jesús se levanta para darme un beso. - ¿Me vas a hacer agacharme? - pregunto al chico moreno que continúa con la mirada perdida hacia la ventana y que me responde subiendo los hombros.

– Haz lo que quieras.

– Bueno, no empecéis ya parejita – intenta calmar un poco el ambiente Alba.

– Aquí las únicas parejas que hay sois vosotros cuatro – responde Tomás poniéndose de pie y caminando hacia la mesa enfrente del sofá que está llena de patatas fritas y sándwiches.

– Pongamos algo de música – sugiere Sonia dando al botón del reproductor que distribuye el sonido por todo el salón a un volumen lo suficientemente alto como para que tengamos que hablar gritando.

Después de bailar durante un rato canciones típicas de discoteca, esas típicas canciones que tiendo a evitar escuchar, me siento en el extremo contrario del sofá que ya se ha agenciado Tomás junto con una botella de coca cola y un par de platos de comida. Sebas y Sonia no han parado de bailar ni un segundo y aunque Jesús trata de evitar las manos de Alba excusándose con el vaso de fanta, también están bailando. El panorama es tal y como lo había imaginado, quizás más tenso aún porque de algún modo esperaba la colaboración de mi compañero de sofá. Y aún queda el resto de la noche en la que también sacarán el alcohol. Mirando al suelo rezó para que nadie sugiera jugar al twister y suspiro, cerrando los ojos, la música me impide pensar, al menos eso se agradece.

Cuando la lista de reproducción termina, Sonia y Alba pasan a la cocina, separada de la mitad del salón por una barra que hace las veces de mesa, y comienzan a pasar los cubiertos para comer la

tarta. Mientras Jesús ayuda desde el otro lado, Sebas se acerca a mi lado del sofá y lo agarra desde abajo indicándome con la mirada que lo van a mover para acercarlo hasta la mesa baja que ha permanecido guardada todo el rato bajo la mesa del comedor. Desde el otro lado, Tomas se levanta y regañadientes ayuda a su amigo a llevarlo hasta el destino y se vuelve a sentar.

– ¿Qué tal os lo estáis pasando? - pregunta Sonia con el cuchillo para cortar la tarta en la mano.

– Genial, deberíamos repetirlo – le apoya Alba, el resto emitimos sonidos de aprobación.

– Bueno, por ser la fiesta en honor a Laura, le corresponde el trozo más grande – dice mientras hunde el cuchillo en la masa de galleta.

– Para, para, ya lo hago yo – me lanzo sobre sus manos antes de que empiecen a mover el cuchillo.

– Si, casi que mejor lo hagas tú – suelta el cuchillo y me cede su sitio presidiendo la mesa en el suelo, y se levanta, sentándose en una silla al lado de Sebas.

La tarta es de chocolate, con base de galleta y mucha nata por encima, parecida en forma a la de hace diez años, pero diferente en sabor. Para ser la primera tarta que hacen no está nada mal, poco dulce, pero no me voy a quejar, ha sido un bonito viaje en el tiempo, al menos durante el rato en el que parece que estamos allí otra vez. Tomas tirándome trozos de tarta al pelo, comenzando una guerra de comida que terminó con la alfombra y los sofás llenos de nata. Alba tuvo que irse corriendo a lavar antes de que su madre llegase y se empapó toda la ropa, así que Sonia tuvo que dejarle algo. En cambio, a los chicos no les importó marcharse esa tarde llenos de chocolate a casa corriendo antes de que anocheciera, pero son chicos.

Apenas hemos terminado de recoger los cubiertos cuando Sebas saca un par de bolsas de debajo de la mesa, ocultas pegadas a la pared. No hace falta decir que tampoco me entusiasma beber como al resto de mis amigos, pero es divertido cuando empiezan a desvariarn. Antes podíamos hacerlo sin necesidad de beber, simplemente corriendo de un lado a otro imaginándonos seres invisibles, pero todo eso se perdió hace años y pasó a formar parte de los recuerdos de la infancia. Además, desde que todo sucedió y empezó a cambiar antes del verano, no soporto siquiera oler el alcohol, me recuerda cada día que entraba en casa después de volver de estudiar. Encontrar a mi madre frente al álbum de fotos de la boda o frente a algún otro de un pequeño viaje vacacional, con las tijeras en una mano lista para hacer una criba de papel y un vaso de whisky en la otra o en su defecto la botella, era desolador. Después de eso continuaba una hora de lucha para conseguir que entrase en la ducha, devolver los álbumes a su sitio y guardar bajo llave las tijeras para evitar accidentes. El psicólogo siempre ha dicho que mi madre es fuerte y me quiere demasiado para quitarse la vida, pero hay noches en las que dudo de esa fortaleza, no puedo evitarlo.

La música vuelve con menos volumen, pero no consigo detener mis pensamientos. Me disculpo para salir a tomar el aire y salgo atravesando la cocina al porche trasero de la casa con el vaso de coca cola en la mano. Las luces se encienden nada más abrir la puerta iluminando un banco colgante este año pintado de blanco. Aún no ha anochecido, pero el sol está por esconderse tras las montañas. El prado verde que se extiende hasta llegar al bosque está cubierto de nieve como las copas de los árboles, a pesar de que ninguna nube tapa el cielo medio estrellado del ocaso. He dejado dentro el abrigo y la camiseta que llevo no abriga lo suficiente para conservar el calor que se escapa en forma de vaho de entre mis labios así que cubro mis brazos con las manos, no quiero desaprovechar la calma del paisaje. El sol continúa despacio su descenso, tiñendo el anaranjado lienzo del cielo con tonalidades moradas. La nariz y los mofletes empiezan a tonarse de color rosado al sentir el peso de una manta de cuadros verdosos que cae sobre mi cabeza y el banco se balancea ligeramente. Al otro lado, Tomas está envuelto en una manta similar a la que extiendo por mi cuerpo, subiendo las piernas al banco, me tapo casi por completo dejando solo mi cara al descubierto y un par de mechones negros que se escapan de la coleta.

- Gracias.
- No creo que a Sonia le hiciese gracia que te quedases congelada en tu fiesta.
- Tampoco parecen haber notado que me estaba congelado.
- Deberías asumir que no tiene ojos para ti y dejar de intentar llamar la atención.
- ¿Estas borde porque llevan así desde que empezaron o simplemente has decidido volver a tener diez años por diversión? - pregunto cabreada, no estoy de humor para soportarle. - Lo siento, estoy cansada – añado después de un rato en silencio.
- No importa, yo he sido borde primero, lo siento – desvía la mirada al disculparse.
- Debe de ser incómodo estar de sujetavelas todos los días con ellos, yo creo que no lo aguantaría, pero me esperaba que se cortasen un poco estando aquí, ya veo que no.
- No se cortan ni estando en la plaza del pueblo.
- Vaya... eso quiere decir que sus padres ya lo saben y ¿han dejado a Sonia hacer esta fiesta?
- No lo han hecho, Sebas me dijo que no lo sabían.
- Cuando vuelvan se enterarán de todas formas.
- Ciento.

Antes de que el silencio se convirtiese en algo incómodo, volví la vista para ver la despedida del sol contemplando como todo se oscurecía. Las luces del porche también se apagaron por la falta de movimiento y desde dentro llega el sonido de la música mezclado con las risas y conversaciones de las parejas que aún continúan con la fiesta. No hay grillos que hayan sobrevivido al frío invierno, ni siquiera una diminuta luciérnaga sobrevuela el prado.

- ¿Cómo lo consigues? - las palabras de Tomas me sobresaltan.
- ¿El qué? - pregunto extrañada juntando las cejas.
- Ignorarlo todo, hacer como que no pasa nada, que estás bien – concreta mirando al suelo.
- Mintiendo, intento no pensar en ello pero es imposible, así que disimulo para no preocupar a los demás – explico – aunque hay veces que no soy capaz de disimular.
- Y entonces, ¿qué haces? - suspiro.
- Huir – me cuesta reconocerlo pero es la verdad que consigue sacarle una sonrisa, pero no bromea al respecto. - ¿Qué te pasa? Falta la broma después de esa sonrisa – intento averiguar la razón de su extraño comportamiento.
- Nada – responde sin apartar la vista del mármol blanco que brilla gracias al reflejo de la Luna.
- Bueno, pues si no me lo quieras contar hablemos de otra cosa, porque si seguimos callados se me quedarán pegados los labios – le animo. - Sonia me dijo que habías entrado en la universidad ¿qué estas estudiando?
- Veterinaria – responde, con lo que entiendo que ese es un tema con el que no se siente incómodo o al menos del que está dispuesto a hablar.
- Vaya, menuda sorpresa, siempre eras el primero en abrirle las tripas a los pájaros, pero de ahí a veterinaria... guau.
- No hay ninguna clínica en el pueblo, me gustaría crearla cuando termine, me gusta este sitio.
- Si, es precioso – suspiro – inspira tranquilidad, estar perdido en medio de la montaña tiene sus ventajas, hay veces en las que agradecería estar aquí en lugar de en la ciudad.
- No quiero marcharme nunca – susurra.
- Bueno, no tienes por qué hacerlo, tienes una casa aquí y con el coche puedes llegar a la universidad hasta que termines.
- Ya... - su mirada vuelve a perderse.
- No responderás si te pregunto qué te pasa – suspiro hacia el cielo.
- Mis padres se van a divorciar – no puedo evitar reírme nada más escucharle hablar.
- Lo siento, no era mi intención, perdón – me disculpo. - Es que a veces eres como un niño, no esperaba que funcionase la psicología inversa contigo – Tomas también se ríe al escucharme y me

mira a los ojos.

- Gracias, no se lo cuentes a nadie, mis padres no quieren que... - vuelve a bajar la mirada.
- No te preocunes, no diré nada, tranquilo, lo siento, sé lo mal que se pasa al principio... y después
- susurro en voz baja. - No quiero imaginarme lo difícil que debe ser viviendo en un pueblo y encima con los demás saliendo.
- No puedo soportar estar con ellos.
- Te entiendo.
- ¿Por eso has salido a la terraza sin el abrigo?
- No, en realidad podría haber seguido allí, pero el olor a alcohol me recuerda las noches en vela con mi madre – respondo sincera, ya no me cuesta trabajo decirlo.
- Lo siento.
- Creo que estamos los dos igual.
- Yo no quería estar allí, demasiado amor.
- Bueno, el amor no es malo, el problema sucede cuando te dejas llevar y...
- Lo sé.

No hace falta decir nada más, las palabras sobran cuando nuestras miradas se cruzan por segunda vez, ambos nos sentimos igual. Puede que mi caso ya tenga más tiempo pero no he olvidado lo que sentía. Tampoco lo había hablado con nadie hasta ahora. Eso me hace sentir aliviada y a la vez gratificada por poder compartirlo con una persona que comprende cómo me siento. No sé si su caso es igual al mío, su padre siempre me ha parecido una persona encantadora, dedicada a la felicidad del resto, pero el amor cambia a las personas.

Dentro, el ruido se detiene y el sonido de la puerta detiene el mágico momento de complicidad.

- ¿Qué hacéis aquí fuera? - pregunta la voz de Alba desde la delgada línea que deja abierta la puerta - vamos a ver una película, ¿venís?

Los dos asentimos sin demasiado interés y caminamos de regreso al salón dejando las mantas en la cocina. Sonia trata de animarnos poniendo una comedia romántica en el reproductor, pero después de cinco minutos de película, haciendo compañía en el sofá, las parejas han dejado de prestar atención al argumento. Sin pensarlo dos veces, gateo y abro la puerta hacia la entrada dejando el espacio suficiente para pasar y coger los dos últimos abrigos que fueron colgados. No me importa dejar la bufanda en el suelo y también ignoro las miradas de mis amigos mientras atravieso el salón hasta la cocina. Allí Tomas me está esperando con las mantas agarradas. Antes de salir de nuevo a la noche invernal, nos abrochamos los abrigos hasta arriba para que al sentarnos, podamos mantener el calor en las piernas gracias a las mantas.

Esta vez la distancia que mantenemos en el banco se reduce a cero. No decimos nada. Con la mirada perdida en la silueta de los troncos de los árboles, escucho su respiración pausada. Mi mente se mantiene firme bloqueando los recuerdos, podría permanecer así hasta la hora de marcharnos.

- ¿Cómo puedes volver a casa? - retoma la conversación.
- Al principio, había días que no volvía – mojo mis labios con la saliva de la lengua – me quedaba en la biblioteca hasta tarde para no tener que verles. Cuando mi padre se fue, prefería volver para que mi madre no estuviese sola y supongo que me acostumbré.
- No puedo acostumbrarme.
- Claro que puedes, solo debes proponértelo. Te ayudará a superarlo. Lo mejor es no opinar, pasar como un fantasma por casa y dejar que ellos lo solucionen. Ya somos mayores, quiero decir, por suerte podemos salir de casa sin ellos y opinar sobre el asunto, pero lo mejor es no hacerlo.
- Intenté arreglarlo pero...
- Es imposible – completo. - Si ya lo has notado, es porque la decisión ya estaba tomada por

alguno de los dos. El día que mi padre se fue mi madre sabía que se iría y no trató de impedirlo, así que yo tampoco.

– Mi madre no quiere irse, después de todo el daño que ha hecho a mi padre – puedo sentir como la manta se dobla cuando aprieta los puños.

– También te lo ha hecho a ti.

– Sí, bueno yo...

– Tú importas, no pienses que no – alzo el tono de voz. - Ese fue mi primer error, pensar que aunque no fuese mi culpa, yo no sufría, cuando claro que lo hacía, todavía lo hago. - vuelvo a hablar en susurros – No debes menospreciar lo que sientes, ahora tus padres solo se hacen caso mutuamente, pero pronto se darán cuenta de que lo estás pasando mal, aunque no creas que llegue a suceder, lo hará, te lo aseguro. Debes pensar en ayudarte a ti mismo, a ellos de momento no les puedes ayudar.

– Pero mi padre, no se lo merece, ella tiene que reconocerlo y marcharse, dejarnos en paz – suelta toda su rabia.

– Eres tú el que está hablando o tu padre – intento calmarle sacando la mano del bolsillo y agarrando la suya bajo la manta. - Sé egoísta y piensa en ti como lo hacías cada vez que me culpabas de habernos perdido en el prado – la tensión se relaja y los dos dejamos escapar una sonrisa.

– Eran buenos tiempos, cuando eres niño no tienes que preocuparte por nada, solo jugar y divertirte.

– Si, pero si nos hubiese llegado a pasar lo que ahora ocurre, no habríamos sido esos niños.

– Entonces ¿tenemos que estar agradecidos de lo que ha pasado? - pregunta sarcástico.

– No, no, solo era un comentario, lo mejor hubiese sido que no hubiese pasado nada, pero ya no se puede volver al pasado y es algo que está fuera de nuestro alcance de todas formas.

– Tienes razón, son ellos los que deben solucionarlo – su mano se gira para entrelazar sus dedos con los míos. - Gracias, no lo había pensado así.

– De nada, gracias a ti. En el fondo me alegro de que todo lo que he vivido sirva para que a ti se te haga menos pesado, es una situación horrible.

– Seguro que cuando eras pequeña me la deseaste alguna vez – desvía la conversación.

– Creo que no llegué ni a pensarla, era más de venganzas con piedras, ya lo sabes.

– Si, mi cabeza lo tiene bien claro – dice mientras se lleva la mano que no tengo agarrada hacia el pelo, donde aún conserva la cicatriz de un verano en que una de esas piedras le abrió la cabeza.

– Fue sin querer.

– Ya, ya. - suspira - Seguro que me la merecía.

– Es posible – sonrío. - Al final la fiesta no ha estado tan mal, hace un par de años no habría firmado si me hubiesen dicho que esos cuatro iban a terminar así.

– Ni yo – dirige nuestras miradas al cielo.

– ¿Crees que durarán? - pregunto sin desviar los ojos de las estrellas.

– Es posible, el tiempo lo dirá.

La conversación continuó alargándose entre anécdotas y esperanzas hasta que por fin la historia estuvo completa. La madre de Tomas llevaba años teniendo una aventura con el cartero, un hombre bastante dicharachero que no pasaba más de dos veces en semana por el pueblo, pero que podía poner en entredicho al padre sanguíneo de Tomas. Sin embargo, los resultados llegaron apenas ayer y tal y como había sido siempre, ese título le pertenece al alcalde del pueblo, que ya no puede seguir adelante con su mujer. Tomas en medio de todo esto bajó en busca del cartero a los pueblos vecinos y le encontró pintando de verde una bonita valla de su finca conseguida con el dinero que su madre había estado sacando de las cuentas durante años, cantidades pequeñas casi nulas con las que ahora el padre tiene pesadillas. Pero no quiere el dinero, solo que ella se marche

y le deje vivir, un arreglo por las buenas en el que la mujer no está dispuesta a ceder lo que quiere que le corresponda como derecho propio, incluso llegó a reclamar una pensión para ella y su amante. Entonces fue cuando la ira del padre se desató, arremetió contra muebles y cuadros, haciendo huir a su todavía mujer a los brazos de su amante, y Tomas tuvo que detenerle antes de salir hacia la fiesta dejándole solo en casa tirado en el sofá.

La noche se convirtió en día a nuestras espaldas antes de que el sueño llegase a arroparnos a alguno de los dos. Ninguno prestamos atención a todo lo que había sucedido dentro durante la conversación, pero establecimos un par de teorías al entrar a la cocina en busca del desayuno. Animados por el nuevo día y sin pensar en la vuelta a casa, preparamos unas tostadas en la sartén mientras Tomas busca la famosa mermelada de fresa que siempre hay en casa de Sonia. El trabajo se complica cuando el café y las tostadas están listos pero no hay espacio en las mesas donde colocarlo. Con una mirada hacia la puerta, salimos con las bandejas de vuelta al helado suelo del porche. Los rayos del sol ya han derretido el poco rocío y hielo que quedaba sobre el mármol, pero extendemos las mantas encima para no mojarnos la ropa. Así, sentados con los pies colgando de la plataforma, disfrutamos de la silenciosa mañana hasta que los ruidos provenientes de la planta de arriba nos dan la señal para levantarnos y empezar a limpiar.

2. Nieve derretida

Tras la fiesta, volver a casa resultó más difícil de lo que había pensando que sería. Despedirme de mis cuatro amigos que con legañas en los ojos trataban de ordenar el salón no fue complicado, pero dar la espalda a Tomas, caminando hacia destinos opuestos, me obligó a mirar una última vez hacia atrás antes de atravesar el camino de piedras de la casa de mis abuelos. Mi abuela ya está despierta cuando con cuidado, giro las llaves dentro de la cerradura y bajo el pomo de la puerta.

- Buenos días cariño ¿qué tal te lo has pasado? - pregunta desde la cocina de la que llega el característico olor a sus lentejas con chorizo.
- Muy bien, ha sido divertido – me acerco hasta ella y le doy un beso en la mejilla. - Voy a subir a darme una ducha y cambiarme de ropa.
- ¿Vas a volver a salir?
- No creo, pero hace frío para ir con el pijama por casa.
- Es cierto, cuando se despierte tu abuelo le diré que encienda el fuego, ya sabes que las pastillas le dejan totalmente dormido.
- No le levantes, ya lo hago yo cuando salga del baño.
- Esta bien cariño, pues venga, sube, yo aún tengo que terminar la comida.
- Huele muy bien – comento mientras acerco la nariz a la columna de humo que asciende desde la cazuela.
- Pues mejor sabrá.

La ducha ha pasado a ser mi momento favorito desde hace menos de un año. Sentir como el agua corre por todo mi cuerpo, arrastrando todo el peso de mis pensamientos hacia el suelo, hacia su perdición, relaja todos mis músculos y me hace sentir por un rato que soy libre de ellos. Tampoco paso un tiempo excesivo después de aclararme el champú y el gel bajo el chorro de la ducha, pero me gusta, igual que me encanta salir todavía mojada y ver el vapor atrapado en el techo y pegado al espejo, que se escapa poco a poco cuando abro la ventana. Con la misma toalla que seco todo mi cuerpo, me recojo el pelo haciendo un turbante para secarlo sin usar el secador que duerme en uno de los estantes. Las zapatillas que uso para estar en casa fueron un regalo de mi abuelo hace años, quizás tendría trece años cuando me encontré unos divertidos ositos marrones mirándome desde la puerta esperando para calentar mis pies. Desde entonces, el recuerdo de la casa se ha

unido con el de las zapatillas, por eso no puedo establecer una fecha exacta de su entrada en mi vida.

El abuelo se despierta momentos antes de que la abuela termine de preparar la mesa del salón para comer mientras yo limpio la chimenea de las cenizas que quedaron del día anterior. La degustación del tradicional plato de la abuela se ralentiza mientras entre una cucharada y otra narro algunas de las cosas que ocurrieron en la fiesta, poco llamativas y sin interés en comparación con lo que en realidad sucedió, pero eso es algo que quedará entre Tomas y yo. Los dos ya estaban al tanto de lo que cada uno de mis amigos ha estado haciendo durante el comienzo del curso lectivo, incluso tienen ideas sobre las fechas aproximadas en que las dos parejas, empezaron o al menos hicieron público su romance. Los padres están de acuerdo, tampoco intervienen demasiado porque está claro que todos somos adultos y entre ellos ya tenían sus sospechas de que algo ocurriría con los miembros del grupo tarde o temprano. Con más cansancio que ganas, abandono la mesa después de terminar la comida y subo las escaleras para dormir un rato. Pero después de subir el primer escalón, escucho el sonido del teléfono y una voz en mi cabeza acierta pensando que debo responder.

– Bueno, bueno ¿qué pasó anoche? Espero que no te hayas constipado por pasarla afuera, aunque seguro que Tomas te dio suficiente calor – la insinuante voz de Sonia deja claro el propósito de su llamada y el murmullo de fondo me permite adivinar que estoy en el altavoz con todos presentes tras el.

– Pues muy bien, aunque me lo habría pasado mejor si no hubiese sido tan incómodo estar dentro de la casa – me defiendo.

– Venga, si no hicimos nada, nos cortamos un montón. Todos te echábamos de menos, pero tú estabas todo el rato con Tomas yendo y viniendo del porche.

– No tengo ganas de discutir Sonia – ella sabe que solo la llamo por su nombre cuando estoy enfadada – pero yo no noté que os cortaseis. Y entre Tomas y yo no pasó nada, si es lo que tratas de averiguar, estuvimos hablando y poniéndonos al día de nuestras vidas, nada más. Estoy cansada, quiero dormir – respondo secamente tratando de dejar cerrados todos los temas.

– Vale, vale, está bien – se esconde tras su angelical voz – te dejo dormir, descansa. Perdón, no volverá a pasar.

– Ahora no te preocupes tú más de la cuenta. Si quieres disfrutar de la noche con Sebas, pues queda con él y no nos invites a los demás, solo eso, no hace falta que nos veamos todos los días como en verano, estas fechas son más familiares y el tiempo no acompaña demasiado para salir.

– Tienes razón – responde un poco más animada – Mañana te llamo para quedar.

– De acuerdo, descansad vosotros también.

– Un beso.

La llamada se corta antes de que me dé tiempo a corresponder la despedida y salta otra llamada.

– ¿Laura? - la voz de Tomas pregunta por mi desde el otro lado del teléfono. El contestador de mis abuelos lleva años roto y si llamas habiendo otra llamada, cuelga esa llamada para descolgar la nueva - ¿estabas hablando con alguien?

– Si, eran Sonia y los demás, pero ya me estaba despidiendo.

– Lo siento.

– No te preocupes, si hubieses llamado un poco antes me habrías librado del interrogatorio.

– ¿A ti también te lo han hecho?

– Deduzco que el tuyo ha sido con Sebas.

– Si, hace un rato – después de unos segundos de silencio, continúa - ¿has dormido algo?

– Justo iba a hacerlo después de hablar contigo.

– ¿Podemos quedar después?

- Sí, claro, sin problema ¿quieres venir ahora? - replanteo la pregunta imaginando la situación que debe estar viviendo en casa.
- ¿Puedo?
- Claro, mientras no me pintes la cara con boli si me quedo dormida.
- Intentaré luchar contra la tentación – responde animado. - Gracias.

Cuando cuelgo el teléfono sonriendo hacia el oscuro aparato. Vuelvo la vista hacia la puerta del salón, desde donde mi abuelo me observa con una sonrisa, me guiña un ojo y asiente, dándome el permiso que iba a pedirle. Mi abuela está roncando en el sofá después de prepararse un café con leche que se despertará y estará helado. En un instante de lucidez, subo corriendo las escaleras hasta mi cuarto para colocar la ropa que he dejado tirada antes de ducharme y dejarlo todo recogido, pero aún no me ha dado tiempo a llegar a la lavadora cuando se escucha el timbre de la puerta. Bajo los escalones de dos en dos con la ropa agarrada en los brazos cruzados bajo mis pechos y llego exhausta hasta mi destino.

– Bienvenido – sonríe al oculto rostro de Tomas cubierto por la capucha de su abrigo. - Voy a dejar esto – digo subiendo un poco la ropa – ya sabes dónde está mi cuarto, mis abuelos están durmiendo en el salón así que no hagas ruido.

Con un asentimiento de cabeza, me aparto para dejarle espacio para entrar, y mientras comienza a subir los escalones con el abrigo todavía puesto entro a la cocina para dejar la ropa sucia en su sitio.

Al comenzar yo la ascensión de la escalera noto que no me quedan demasiadas fuerzas, por eso nada más cerrar la puerta de mi cuarto me dejo caer en la cama. Tomas está de pie, ha dejado el abrigo chorreando por el cambio de temperatura colgado en la silla del escritorio y apoyado sobre la pared, mira por la ventana con la vista en el infinito.

– ¿Cómo estás? - aventuro a susurrar. Después de un largo silencio llega la respuesta junto al giro de sus ojos buscando los míos.

– Cansado – vuelve la vista hacia el exterior.

– Pues ya somos dos – sonríe tratando de darle ánimos y le indico con la mano que puede sentarse a mi lado si quiere, aunque no estoy segura de que haya visto el gesto. - Aún no he podido dormir desde ayer, iba a hacerlo ahora, así que no me pidas que esté muy elocuente – termino la declaración con un bostezo que tapo con la mano.

– No pasa nada, solo quería irme de casa, necesitaba... alejarme – despegue el hombro de la pared y se sienta a mi lado. Por suerte la cama es lo suficientemente grande como para que entremos los dos. Apoya la espalda sobre el cabecero de la cama y la pared, cruzando los brazos veo en su mirada lo que hace meses vi en la mía. Frustración, cansancio, agotamiento, ira... un torrente de sentimientos que viaja estropeando todos los maravillosos recuerdos del pasado.

– No le des tantas vueltas, no te ayudará, todo lo que has vivido está ahí y lo seguirá estando, no es una mentira – a mis párpados no les quedan fuerzas, cierro los ojos y suspiro. - Tu madre te quiere, y tu padre también, y todo lo que has hecho y vivido con ellos no es una mentira, sigue siendo bonito.

– Ahora entiendo muchas cosas... ahora todo encaja.

– ¿De veras? ¿Encaja o tú quieres que encaje? Ya encajaba antes de que todo sucediese, ¿no?

– Si, pero... todo era falso, no tenía toda la información y ahora...

– Recuerdo un año en el que nuestros padres nos llevaron al cine a todos, tardamos una semana en convencerles para que nos llevasen a ver una película de dibujos que al final no vimos, porque me retaste a entrar a ver una película de terror y eso nos arrastró a todos – sonríe. - Conseguimos que no se enterasen de que comprábamos las entradas que no eran, pero salimos a los quince minutos con Alba llorando y Sebas a punto de vomitar. Nos echaron una buena bronca mientras

nos invitaban a un batido que Sebas terminó por vomitar en el coche a la vuelta. Tuvimos que parar en tu casa para que tu madre le dejase una camiseta nueva y nos ofreció unas de sus galletas recién hechas. Tú no parabas de decir que la película no era para tanto y tu padre te acariciaba la cabeza riéndose y tu madre te abrazó y te dio un beso presumiendo de lo valiente que eras.

– Al día siguiente todos estuvimos castigados sin salir de nuestras casas y mi padre me puso una película de terror en el salón que tampoco conseguí terminar de ver – finaliza el relato con un suspiro.

– No me hagas caso pero yo creo que eso es un recuerdo por lo menos divertido. No debes pensar en el amor entre tus padres, ahí no puedes hacer, lo importante es que te quieren y siempre te han querido. Puede que tu madre haya tenido siempre un amante pero ha sido con tu padre con el que ha tenido un hijo y lo ha criado bastante bien aunque sea un chulito.

– Por conveniencia – escupe las palabras.

– ¿Crees que tu madre no te quiere?

– No – responde tras sopesar un rato la pregunta. - Tienes razón, seguramente le cegó el dinero, siempre ha sido una persona muy impulsiva y a la vez calculadora, pero nunca me ha faltado de nada.

– Ni se ha aprovechado de ti para conseguir más dinero ni te ha perjudicado... hasta ahora, pero ahora es algo involuntario que están haciendo los dos – vuelvo a bostezar, contagiándoselo a él. - Seguro que tú llevas más tiempo sin dormir que yo.

– Es difícil conciliar el sueño cuando tienes un monólogo en la cabeza que no logras detener.

– Nunca pensé que te oiría reconocer lo pesado que puedes llegar a ser – saco la lengua recordando todos sus discursos.

– Es cierto – se ríe.

– Era divertido ser pequeño – susurro quedándome sin fuerzas y dejando al sueño penetrar en mi cuerpo.

Hace meses que no sueño con nada cuando me quedo dormida. Pienso que es un mecanismo de reserva de energía de mi cerebro, que se pasa todo el tiempo que estoy despierta funcionando a pleno rendimiento, y cuando por fin puede desconectar, lo hace del todo dejando a mi mente perdida en un lienzo blanco aprovechando al máximo el tiempo de descanso. Esa tarde no fue diferente, pero algo fue distinto, en mi normalmente imperturbable sueño el sonido del suelo de madera y el leve chirrido de las bisagras de la puerta se quedaron grabados en el recuerdo hasta que finalmente abrí los ojos para comprobar que el sol ya se había puesto y que Tomas está durmiendo, apoyado de lado con su cara mirando hacia mí. Me complace ver que parece tranquilo y relajado, es una buena señal. Apoyo los pies en el suelo y me arreglo un poco el pelo, quizás los sonidos hayan sido solo mi imaginación o Tomas haya salido al baño. Sin darle demasiadas vueltas alzando el móvil para ver que ya es cerca de la hora de cenar. De puntillas e intentando no hacer ruido, bajo hasta la cocina donde todo el silencio de la planta de arriba se convierte en actividad. Mi abuela está preparando una sopa y mi abuelo le ayuda sacando los platos para llevarlos al salón.

– Buenas noches hija – saluda mi abuela - ¿qué tal has dormido? ¿Has descansado?

– Si, mucho, ya estoy recuperada.

– ¿Se va a quedar Tomas a cenar? - pregunta removiendo la cazuela.

– Si – respondo por él.

– Pues entonces deberías subir a despertarle – comenta mi abuelo sacando un plato más.

– Si, ahora voy, llamaré a su casa de camino.

Cuando termino de hablar con la madre de Tomas, que acepta sin problemas que se quede a cenar, caigo en la cuenta de que lo que escuché eran los pasos de mi abuelo, entrando segundos antes de

que despertase para avisarme de que la cena estaba lista. Inexplicablemente, me sonrojo pensando que nos ha visto a los dos durmiendo en mi cama. Cuando entro de nuevo, me acerco y me siendo en la cama. Zarandeo el hombro a Tomas, primero despacio para no hacerle daño pero frente a la falta de respuesta, aumento la velocidad. Todavía agarrándole con fuerza el hombro se gira para colocarse boca arriba y me caigo encima de él. Mis mejillas vuelven a sonrojarse ante sus ojos sorprendidos. Rápidamente, los dos nos incorporamos.

- Menuda forma tienes de despertar a las personas – se queja, evitando mirarme.
- Podría decir lo mismo de tu forma de dormir, he estado a punto de pegarte una colleja para ver si así te despertabas.
- No hace falta, con tirarte encima ha sido suficiente.
- Yo no me he tirado encima, te has girado y me he caído – explico alzando la voz.
- Vale, vale, no pasa nada, ya estoy despierto. Supongo que ya es hora de que vaya a casa – se disculpa.
- En realidad he llamado a tu casa y tu madre me ha dado permiso para que te quedes a cenar, ya sabes que mi abuela siempre hace un montón de comida.
- Como todas las abuelas – el ambiente vuelve a ser el de siempre y los dos sonreímos.
- Voy a lavarme la cara antes de bajar – se levanta de la cama y antes de atravesar la puerta añade sacando la lengua – tú también deberías hacerlo – Roja de vergüenza me levanto y me miro en el espejo del cuarto para comprobar que mi cara está perfectamente. Indignada y a la vez feliz bajo las escaleras para terminar de ayudar a poner la mesa.

Aquella noche volví a dormir sin soñar por primera vez. Tomas se despidió al terminar de cenar, prometiendo que quedariamos al día siguiente. Ninguno habíamos tenido noticias del resto del grupo, así que supusimos que ellos habían hecho sus propios planes, de cualquier forma la próxima noche sería Nochebuena, la excusa perfecta para pasar esa noche con alguien especial. Y eso fue lo que Sonia me dijo cuando llamé a su casa al día siguiente. Las dos evitamos comentar lo hablado el día anterior y también me comentó que Alba y Jesús tenían su propio plan por otro lado, así que me ahorro hacer otra llamada. Un poco decepcionada, cuelgo el teléfono para ir a comer con mis abuelos, que no preguntan si pasará la noche fuera.

- Esta noche vendrá Jose para pasar la Navidad con la niña – informa mi abuela cuando empezamos a comer. Mi abuelo no dice nada, detiene la cuchara por un instante en su viaje hacia la boca y continúa haciendo caso omiso al comentario.
- ¿Viene Sophie? - pregunto más por mi propio bienestar que por curiosidad. Aunque la casa es grande, dos personas juntas solo podrían dormir en mi cuarto a parte de en el de mis abuelos, y no tengo ganas de trasladarme.
- No, tiene cosas que hacer en la ciudad, sube solo tu padre y después se irá.
- ¿Cuándo?
- El mismo día de Navidad por la tarde, le he dicho que es peligroso hacer el camino por la noche y con nieve pero no ha querido escucharme.
- Deja que haga lo que le dé la gana – interviene mi abuelo. - Ya es mayorcito.

Después de la noticia y el tajante comentario de mi abuelo el ambiente se volvió incómodo hasta que cada uno se perdió en un cuarto: mi abuela en la cocina fregando los platos, mi abuelo en el salón leyendo un libro y yo subí a mi habitación sin ganas de hacer nada. Se suponía que había subido para alejarme de las discusiones, no para que se creasen más. Y todo por el deseo egoísta de mi padre de pasar la Nochebuena conmigo, cuando ya no habrá más noches como las de antes en las que mi madre me contaba un cuento para que me durmiese mientras mi padre recorría el pasillo llevando los regalos al salón. No quiero enfadarme porque no quiero que mis abuelos lo noten y se lo cuenten a mi madre, bastantes cosas tiene por las que preocuparse. Miro por la

ventana y compruebo que a pesar de las nubes negras que cubren el sol no llueve ni nieva. Cojo mi abrigo de la percha de detrás de la puerta, me pongo la bufanda y los guantes y bajo los escalones de dos en dos.

– Voy a dar una vuelta – grito abriendo la puerta de casa.

– Ten cuidado – se despide mi abuela a la vez que lo hace mi abuelo con un movimiento de cabeza.

No he salido con una idea precisa de mi destino, solo quiero respirar y no estar entre cuatro paredes durante un rato. Camino hacia la salida del pueblo, no quiero encontrarme con nadie. El barro que ha creado la humedad se pega a la suela de mis zapatillas, pero no me importa. Tampoco le presto especial atención al frío que cala el abrigo ni a que me desvió del camino principal para internarme en el bosque. Los árboles oscurecen sus raíces con las ramas que no dejan pasar la poca claridad de las nubes. De un lado a otro zigzagueo entre sus troncos, acariciando su corteza. Ojalá todo pudiese permanecer siempre en la quietud del bosque, que ajeno a todo lo demás, continúa siempre su curso estación tras estación, inmutable, inalterable. Un pequeño claro se abre frente a mí con un único árbol en el centro. El gran árbol, la base de operaciones de nuestras misiones veraniegas. El padre de Sebas nos lo enseñó cuando apenas teníamos seis años, le colocó un gran tablero de madera sobre las ramas y desde entonces pasó a ser la casa del árbol. Con el tiempo dejamos de ir, éramos mayores y los mayores hacen otras cosas, pero la nostalgia me ha arrastrado hasta su base.

Me quito los guantes para agarrarme a las tablas de madera que clavamos en el tronco y en un par de movimientos he llegado hasta arriba. Nunca le pusimos techo ni paredes. En ocasiones llevábamos sábanas o mantas para colocarlas sobre las ramas pero era más divertido dejar volar la imaginación. En mi memoria ese tablero de madera siempre será el suelo de un puesto vigía para un pirata, un soldado, un astronauta... Un viejo tablero que ya empieza a pudrirse sobre el que descansa el cuerpo de Tomás, con las piernas colgando por fuera apoyadas en otra rama y la cabeza apoyada en las manos. Su pecho sube y baja a la par de su respiración.

– ¿Vas a terminar de subir o tienes miedo de que se rompa? - pregunta sin abrir los ojos.

– No te negaré que un poco de respeto sí que me da – sonríe.

– Alba y Jesús vienen aquí a menudo, bueno, venían, ahora no hace un tiempo que invite a venir. Si puede soportarles a ellos, puede con nosotros.

– No sé qué decirte, eres más grande que Jesús.

– Y tú más pequeña que Alba.

– Vaya, gracias por recordarme mi estatura, pero que sepas que no soy bajita para la media, un metro sesenta está bien – me defiendo mientras subo al tablero y me siento apoyándome en el tronco del árbol.

– Yo no he dicho nada, lo has dicho tú.

– ¿Qué haces aquí? - pregunto después de un rato de silencio disfrutando de los sonidos de la naturaleza.

– Lo mismo que tú, escapar de casa – decido no redefinir el concepto de escapar por el de dar una vuelta porque no deja de ser cierto el primero. - ¿Has hablado con Sonia?

– Ha quedado con Sebas y los otros también han quedado por separado.

– Me lo imaginaba.

– Yo también, pero por preguntar... quién sabe, me queda semana y media aquí, a lo mejor quería aprovecharla para verme – suspiro estirando las piernas colocándolas sobre la tripa de Tomás, que se queja con un gemido pero no se mueve.

– ¿Te apetecía hacer algo?

– La verdad que solo tenía ganas de salir, lejos, bajar al cine o algo por el estilo.

– ¿Quieres que vayamos al cine? - pregunta mirándome directamente a los ojos.

- Bueno, como quieras, no he mirado la cartelera.
- Yo tampoco, pero algo habrá interesante.
- ¿Y cómo bajamos? - pregunto aceptando la invitación y quitando mis pies de su tripa para que se incorpore y se siente enfrente mía.
- He venido en coche, está aparcado un poco más lejos, mi casa no está tan cerca de este sitio como la tuya.
- Ciento, reconozco que es una ventaja, pero no sabía que tenías coche.
- Es el de mi padre, me lo ha dejado.
- Pues antes de bajar tengo que pasar por casa de mis abuelos para avisarles de que llegaré tarde
- omito la parte de mi padre, no tengo ninguna gana de verle.
- Llámalem – sugiere pasando por encima de mí para bajar del tablero.
- Me he dejado el móvil en casa, he venido sin nada, no tenía pensado estar mucho tiempo ni tampoco encontrarte aquí.
- Toma el mío – lanza su teléfono desde el suelo, que cae directamente sobre mis piernas sin golpear el tablero. Apoyado de pie en el tronco espera a que haga la llamada y baje para devolvérselo.
- Podemos irnos, tú dirás donde has aparcado – anuncio volviendo a ponerme los guantes.

No tardamos demasiado en encontrarnos con el todo-terreno negro en el que su padre nos llevaba a todos juntos cuando éramos pequeños de un lado para otro. Ya no quedan restos de los juguetes que siempre había en las puertas y el barro de las alfombrillas. Me acomodo en el asiento del copiloto y me empiezo a quitar capas de ropa mientras Tomas enciende el motor y pone la calefacción al máximo. Los cristales están empañados y cubiertos por gotas de agua que el limpiaparabrisas arrastra hacia abajo. Suspiro cuando siento que todo mi cuerpo entra en calor y me descalzo para notar el aire caliente que sale desde debajo de la guantera. Poniéndonos el cinturón, iniciamos el camino de descenso con la radio encendida a todo volumen.

El recorrido embarrado hasta llegar a la carretera impide al coche coger una velocidad superior a los diez kilómetros hora, pero no tenemos prisa. Mientras serpenteamos los baches hacia el pueblo, saco una servilleta de papel de la guantera y, cortándola en papelitos, hago un sorteo en el que la comedia resulta ganadora.

La cartelera de un pequeño cine de pueblo no da para tener más de cinco películas, todas de estreno reciente imagino, cada una proyectada en una sala. El cartel de la única de comedia ya nos prepara para un entramado familiar enrevesado y absurdo, pero el poder de los papelitos ha elegido por nosotros. En realidad agradezco que no haya salido el terror en el sorteo, pero las comedias absurdas tampoco me entusiasman. Como la sesión está por empezar cuando conseguimos aparcar, Tomas paga las palomitas y las entradas ignorando mis quejas, tampoco he bajado la cartera, pero se niega a volver a subir. Así que enfadada le sigo por las escaleras entre las butacas con las bebidas en la mano. No tiene sentido continuar regañándole en la sala y durante la película, las risas del resto terminan por contagiárseme y riéndome, le observo por el rabillo del ojo. Cuando las luces se apagaron, pude ver como su semblante se oscurecía, sus ojos se entristecían, pero ha terminado sonriendo, metiéndose en la película olvidando la realidad, que no dista mucho de ser también una película. Entre risa y risa nuestras manos se encuentran en el bol de palomitas luchando por conseguir el maíz que queda hecho para que el otro tenga que conformarse con los restos.

– Me lo he pasado muy bien – fueron las únicas palabras que sus labios pronunciaron antes de fundirnos en un abrazo a la puerta de mi casa, al lado del coche. Con mi rostro hundido en su pecho siento su fragancia rodeándome y su respiración atravesando las curvas de mi pelo hasta mi

cuello.

No quiero soltar esta tarde, todos los momentos en los que no debía preocuparme y por primera vez en meses he disfrutado, pero el tiempo se extiende más de lo debido. Aflojo la tensión de mis brazos y como si de una señal se tratase, Tomas deshace su abrazo y me mira, agradeciéndome aquello de lo que yo también estoy agradecida.

– Mañana te llamo yo y saldo la deuda en la bolera - digo como despedida.

– De acuerdo. Feliz Nochebuena.

– Igualmente - miento pensando que la tarde no podrá igualar a la noche.

Desde la puerta vigilo el recorrido del todo-terreno hasta que las luces se pierden entre las casas. Suspirando, giro la llave y me encuentro con mi padre tras la puerta.

– ¿Se puede saber qué estabas haciendo? - me da la bienvenida, le ignoro pasando por su lado. - No he subido para pasar la Nochebuena sin verte. Y mucho menos para ver desde la ventana como te despides de tu amiguito. ¿Desde cuándo estás saliendo con Tomas? - mi paciencia se agota.

– Uno, no estoy saliendo con Tomas – me giro desde la puerta del salón enfrentándole. - Dos, si no loquieres ver, no mires. Y tres, no te desahogues conmigo cuando no te he hecho nada, son mis vacaciones y el acuerdo era que estaría con los abuelos. Tú has decidido subir, no tengo porqué cambiar mis planes por tus caprichos – agarro el pomo y cierro la puerta del salón.

Mi abuela está en el sofá, no puedo ver su rostro pero estoy segura de que está llorando. Mi abuelo me mira desde el sillón con una sonrisa de orgullo pintada en la cara.

– Bienvenida, ¿quieres algo de cenar? - pregunta sin levantarse.

– No hace falta, he comido un montón de palomitas. Me voy a subir a dormir – con un asentimiento de cabeza mi abuelo me desea buenas noches.

Desde la cocina, mi padre me observa subir la escalera sin decir ni una palabra. No doy la luz, me quito la ropa para ponerme el pijama y después de cerrar la puerta le envío un mensaje a mi madre desde la cama. Tengo ganas de dormir, soñar, hasta que la nieve congelada en la ventana se derrita con los rayos del sol.

El desayuno y la comida de Navidad suceden en silencio uno detrás de otro. Mi padre ya no está y mi madre llama a medio día para desearnos a los tres un feliz día, pero cada uno lo está celebrando a su manera. El abuelo sentado frente al fuego lee el periódico mientras la abuela, encerrada en la cocina de la que no ha salido en todo el día, prepara algo de comer, quizás no para hoy, pero para el día siguiente. He decidido que estar en mi habitación solo contribuiría a empeorar el clima ausente de la casa, así que la mesa del salón se ha llenado de apuntes que traje en la maleta para estudiar y pasar a limpio. Tampoco es que las asignaturas de pedagogía sean muy complicadas para mí, pero prefiero no apurar el tiempo de estudio para justo antes de los exámenes, y menos aún con la situación que me esperará en casa. Aparto el pensamiento de mi mente y reviso el móvil. Han quedado todos para celebrar Navidad en casa de Sonia nuevamente. Comienzo a juntar todas las hojas en orden haciendo un solo montón cuando mi abuelo retira el periódico de delante de su cabeza y lo apoya con un movimiento poco preciso sobre la encimera de la chimenea.

– ¿Vas a salir? - pregunta sosteniéndose en la balda.

– Eso parece - sonríe.

– ¿Con Tomas de nuevo? - la pregunta me pilla por sorpresa.

– Sí, bueno, con Tomas y con todos, en casa de Sonia otra vez. Como está aquí al lado no sé si me quedaré a dormir o volveré aquí.

– Llévate unas llaves y haz lo que quieras, tu abuela y yo cenaremos pronto, ya lo sabes – explica volviéndose a sentar lentamente frenando el peso de su cuerpo con las manos.

- De acuerdo, espero que se anime un poco.
- Lo hará, solo necesita que se le quite un poco la rabieta, ya sabes cómo es, sigue siendo nuestro hijo después de todo...
- Y mi padre... - aparto la mirada y me pongo en pie con todos los papeles agarrados. - Bueno, voy a prepararme.

Al pasar por la cocina aviso a la abuela de que no voy a cenar en casa y asiente a modo de entendimiento sin apartar la vista de la ventana. Fuera hace frío, no nieva, pero una niebla bastante densa está empezando a internarse entre las calles del pueblo creando caminos de bruma. No me apetece nada quitarme el pijama para ducharme, pero llevo con él todo el día. Me arrepiento de no haber metido en la maleta ningún vestido, no pensé que se me antojaría ponerme uno, pero ya no tiene solución, repetiré con un conjunto de camiseta y pantalón. Así al menos no pasará frío.

Mientras estoy en la ducha escucho movimiento en el salón, quizás los abuelos estén discutiendo. Decido ignorarlo y concentrarme en lavarme bien el pelo. Cuando abro la puerta lista para salir, una nube de vaho se escapa por el techo hasta disolverse. Solo me falta llenar los bolsillos del abrigo con el móvil y la cartera, pero al abrir la puerta de mi cuarto me encuentro con un intruso.

– ¿Qué estás haciendo aquí? - pregunto al chico moreno que, de espaldas a la puerta, mira por la ventana.

– Había pensado en venir a recogerte por si te perdías con tanta niebla - contesta divertido.

– Gracias - respondo con tono irónico, su mirada dice mucho más que eso, pero no es el momento de preguntar. - ¿Llevas mucho rato esperando?

– No demasiado, tu abuelo me ha dejado subir, abajo no había muy buen ambiente.

– Ya, ayer vino mi padre - bajo la mirada al suelo mientras relleno los bolsillos.

La conversación se queda en el aire y ninguno la continuamos camino de la casa de Sonia tras despedirnos de mis abuelos desde la puerta. Con cada paso que doy hacia el espeso blanco, rezó para que la fiesta no se repita, y al menos pueda relajarme como el día anterior. Pero momentos después, estoy deseando que se hubiese repetido. Alba comenzó un interrogatorio a gran escala con los dos según entramos por la puerta. Se había corrido la voz de que nos vieron juntos en el cine y después volver a casa. Jesús se mantuvo alejado durante toda la conversación. Tomás, en un lado del sofá, lanzaba rayos con la mirada hacia Sebas, que tampoco hacía nada por contener a su novia durante el interrogatorio. Y yo desde el otro lado del sofá luchaba por hacerles ver que lo estaban sacando todo de contexto. Tras un rato que se me hizo interminable, Tomás se levantó sin dar explicaciones y cruzó la cocina hacia el porche, cerrando la puerta con un portazo. Medio minuto después yo también estaba fuera, con una manta y los abrigos.

– Te has pasado un poco - comento dando la vuelta al árbol tras el que sé que lo encontraré, y le lanzo el abrigo a la cabeza. - Anda, levántate, el suelo está húmedo, déjame que ponga la manta.

Sin rechistar se levanta y se pone el abrigo, sentándose de nuevo sobre la manta y utilizando la restante para cubrir sus piernas. Yo hago lo mismo con mi parte de la manta y el vaho de mi respiración se mezcla con la niebla por encima de nuestras cabezas.

– Mi madre se ha marchado, ha cogido las cosas y se ha ido después de que llegase anoche a casa.

– Vaya - respondo sorprendida - ¿a qué ha venido ese cambio de opinión?

– Mi padre ha prometido darle dinero.

No hace falta que diga que no es bueno, está claro que no le es. Me apoyo sobre su hombro y meto la mano entre sus brazos cruzados para cogerle la mano, que para mi sorpresa está bastante caliente en comparación con la mía. Él lo nota y sin quejarse, descruza los brazos para meter nuestras manos unidas en su bolsillo del abrigo, donde mis dedos empiezan a entrar en calor

entrelazados con los suyos.

El momento se alarga durante un rato pero es interrumpido por el sonido de la melodía de mi móvil. Me incorporo pensando que será Sonia, acobardada de venir a buscarnos que me llama para que volvamos a entrar, pero el número es el de casa.

– Hija - la débil voz de la abuela llega desde el otro lado – tu abuelo no se encuentra bien, vamos al hospital de abajo, ya está aquí la ambulancia. Quédate en casa de Sonia a dormir. No te preocupes. No me da tiempo a contestar. Cuelga antes de que pueda escuchar lo que el médico estaba diciendo, pero si mi abuelo no ha podido llamar es que no está tan bien.

– ¿Qué ha pasado? - pregunta Tomas que se ha puesto de pie.

– Llevan a mi abuelo al hospital - explico reteniendo las lágrimas en los ojos, no quiero pensar en lo peor, pero desde hace tiempo solo soy capaz de pensar así.

– ¿Quieres ir?

– Mi abuela me ha dicho que me quede, me llamará cuando mejore... - guardo el móvil en el bolsillo.

– No es eso lo que te he preguntado, puedo ir a por el coche de mi padre.

– No hace falta, da igual, de verdad - respondo con la poca confianza que me queda sin levantar la vista.

– De acuerdo, nos vamos, ¿entrás tú a decirles que nos vamos o lo hago yo? - antes de que pueda rechistar añade - Me conozco de sobra esa cara, así que no discutas conmigo, te llevaré aunque trates de resistirte.

- Está bien – suspiro. - Gracias.

3. Nunca y siempre.

Tomas, apenas estuvo dos minutos dentro de la casa de Sonia y no tardamos ni diez en atravesar el pueblo para llegar a su casa. Tampoco puedo asegurar que fuésemos rápido, pero no dijimos ni una sola palabra. Esperé en la puerta del garaje a que saliese con las llaves del coche. Su padre me saludó desde el interior de la ventana cuando él salía y nos metimos en el coche. Sin importarle el límite de velocidad, el tiempo que tardamos el día anterior en bajar al pueblo se redujo a más de la mitad, y cuando llegamos al hospital, colocó el coche justo delante de la puerta de urgencias, ni siquiera tuvo tiempo de encender la radio. Aunque hubiese resultado molesto llenar el triste vacío con sentimientos de canciones.

– Voy a buscar sitio, tú entra, yo me quedaré en la sala de espera.

– Puedes entrar, pregunta por mi abuelo y di que eres uno de sus nietos, diré que mi hermano está buscando sitio para aparcar - le digo antes de bajar del coche y despedirme con una sonrisa de agradecimiento por el trasporte.

– De acuerdo - asiente dándome ánimos.

En la sala de urgencias las filas de sillas azul celeste flotan sobre el conjunto de azulejos blancos que cubren las paredes. En la mesa de recepción, la única persona de la sala, una enfermera con un pijama verde examina la pantalla del ordenador.

– Perdone, ¿ha llegado un señor mayor de Azulema hace un rato? - pregunto inclinándome sobre la mesa.

– Marcos es el único paciente que ha llegado en la última hora - explica sin levantar la vista de la pantalla.

– Ese es - suspiro un poco más tranquila porque no le hayan trasladado al hospital de la ciudad. - ¿Le están atendiendo en alguna sala? ¿Cuál es su estado? Soy su nieta y...

– Sala tres, mitad del pasillo a la derecha, primera puerta.

Sigo las indicaciones de la enfermera, cruzándome con un par de doctores y un enfermo por el camino. Siendo vacaciones a la gente no le gusta ponerse enferma. Justo cuando estoy frente a la puerta recuerdo que se me ha olvidado decirle a la señora lo que le prometí a Tomas, pero la puerta se abre mostrándome una escena que no puedo abandonar.

La enferma está tratando de salir con un par de paquetes usados de medicamentos. Sobre la cama mi abuelo está cubierto por tubos transparentes y azules. Mi abuela de pie, frente al doctor, llora cubriéndose la boca con la mano.

– ¿Qué está pasando? - pregunto rebasando a la enfermera e internándome en la blanquecina habitación.

– Hija, ¿qué estás haciendo aquí? - logra articular mi abuela con la cara aún descompuesta.

– Les dejaré solas para que puedan hablar - se retira el doctor sin dirigirme la mirada y cierra la puerta. No quiero repetir la pregunta.

– Parece que estoy un poco más enfermo de lo que parecía - comenta el abuelo desde la cama con la voz ronca y gastada. - Ha sido una recaída, pero no te preocupes, me recuperaré para antes de que pasemos el año. - esa última afirmación provoca un aumento de intensidad en el llanto de mi abuela, que sale del cuarto dando un portazo. - Ya sabes cómo es, no lleva bien estas cosas, verme así... le he dado un buen susto.

– Se te da muy mal mentir abuelo - me siento en la silla al lado de la camilla y le cojo de la mano. - ¿qué te han dicho en realidad?

– Me hago mayor, todos nos hacemos mayores, es ley de vida.

– No empieces a filosofar esquivando la pregunta, la abuela siempre ha odiado que lo hagas.

– Entre el amor y el odio la línea es muy delgada, siempre he creído que esa fue una de las razones por las que se enamoró de mi - ríe divertido mirando al techo.

– No es momento para hacer bromas...

– ¿Y quién decide eso? Soy yo el paciente ¿no? Y el paciente siempre tiene la razón - tose tras terminar la frase. Evita que me incorpore levantando la mano - Por cierto, ¿cómo has llegado tan rápido?

– Tomas me ha traído, cuando la abuela ha llamado estaba con él y hemos venido en el coche de su padre.

– Es un buen chico.

– Si, ya era hora de que madurase un poco.

– Cada cosa tiene su tiempo.

– Supongo que sí - respondo bajando la mirada, no quiero pensar en todo lo que esa frase implica.

– Pero tengo que agradecerle que te haya devuelto la sonrisa en estos pocos días que has estado aquí - continúa acariciándome la mano. - No confiaba en que tu abuela o yo pudiésemos ayudarte con el problema, pero supongo que la situación os ha unido más de lo que esperabas.

– ¿Cómo lo sabes? - levanto la vista sorprendida.

– Vivimos en un pueblo - me guiña un ojo - las noticias vuelan, pero algunas no se dejan escuchar por el aire.

– Está pasando por el peor momento, nunca pensé que fuese a pedirme ayuda - tras un momento de silencio, suspiro con una sonrisa que provoca la risa de mi abuelo.

– Nunca digas nunca, pero tampoco digas siempre... Eso fue lo que le dije a tu padre el día en el que se casó con tu madre y ahora... ahora que se ha convertido en el hombre que es... me arrepiento y me culpo de todo lo que ha sucedido – antes de que pueda interrumpirle alza la mano. - Mi hijo es un estúpido... pero ayudó a traer al mundo a una hija maravillosa... a una nieta perfecta – me acaricia la mejilla apartando las lágrimas que caen de mis ojos. - Estoy seguro de que tú podrás encontrarlo... el verdadero significado de esa frase que también un día mi padre me dijo a mí. Debes ser feliz y volver a sonreír hija mía, no le tengas miedo al futuro cuando aún no ha

llegado.

– Abuelo... - sin poder añadir nada más agarro su mano entre las mías.

– Déjame ver tu sonrisa una vez más y márchate... debes ir a buscarle, estoy seguro de que te está esperando– suelta su mano de las mías y recoge mi pelo en mi oreja. Hago lo que me ha pedido, sonrío con todas mis fuerzas a la vez que mis lágrimas no se detienen. Él me devuelve la sonrisa y pasando por encima de sus piernas, le abrazo. Un abrazo que me corresponde lo más fuerte que puede. - Ve, corre. - susurra en mi oído.

– Gracias. Te quiero abuelo. - miro atrás una última vez antes de salir de la habitación y creo ver una lágrima surcando su mejilla, pero no me detengo, debo correr hacia el futuro.

En el pasillo me encuentro a la abuela un poco más calmada, hablando con el doctor. Inclino la cabeza a modo de saludo y despedida y desando el camino hasta la salida. Tomas está fuera, apoyado sobre el muro cerca de las puertas automáticas, con la mirada perdida en el cielo nocturno. Esa mirada que tantas veces he podido contemplar en estos días y que tantas veces atrás fue mía también. Como si el viento arrastrase la fragancia de mi perfume, se gira hacia donde estoy y mirándome a los ojos, sonríe. La misma sonrisa pícara que ha tenido desde niño, esa de la que yo me burlaba sacando la lengua y ahora le devuelvo de la forma más sincera. Camino hasta su lado y me apoyo sobre la pared.

– ¿Qué tal está? - pregunta mirándome con preocupación.

– Mal, no ha querido decirme cuánto, luego hablaré con el doctor. Mi abuela está también muy nerviosa y... - no soy capaz de continuar la frase, las lágrimas han empezado a escaparse de mis ojos antes de que pueda darme cuenta.

Con un movimiento, Tomas cubre mi cuello con sus brazos y pega mi rostro sobre su pecho. Le abrazo y aprieto mis dedos contra su espalda. No quiero pensar en lo peor, pero no puedo evitarlo. Como tampoco puedo sacarme de la cabeza la frase que mi abuelo me ha dicho y de la que sé perfectamente su significado, aunque trate de negarlo, un abrazo puede ser mucho más que eso.

No quiero soltarme, no quiero que el momento termine, no quiero tener que volver a enfrentarme a la realidad, he luchado demasiado para que el mundo se siga desmoronando a mí alrededor.

– Todo saldrá bien, no me voy a ir a ningún sitio, siempre estaré aquí - susurra en mi oído como si supiese lo que estoy pensando. Respondo apretando las manos contra él. - Suéltalo todo, he aprendido de alguien que es mejor soltarlo todo que quedárselo dentro. - a la risa que esa última frase me provoca le precede un torrente de lágrimas y gemidos que ahogo en su abrigo. Me acaricia la cabeza para calmarme, y me sostiene de pie cuando las piernas me empiezan a fallar. Poco a poco también mis manos empiezan a perder calor y el frío de la madrugada se pega en mi cara empapada, pero no me suelta, puedo seguir sintiendo su cuerpo pegado al mío dándome calor. Apoyando su cabeza sobre mi hombro, puedo sentir su respiración en mi nuca, que por un segundo se atraganta y el abrazo se deshace lentamente. - Tu abuela acaba de salir, creo que deberías entrar – susurra con las mejillas sonrosadas por el frío.

– Entra conmigo, te quedarás helado si me esperas fuera - digo cogiéndole de la mano.

– Estoy aparcado en el lateral, es el único todo-terreno que hay, estaré allí esperándote con las luces de dentro encendidas – suelta mi mano y añade. - No tardes mucho.

– De acuerdo - llevándome las manos a la boca para calentarlas con el aire que sale de mis pulmones, corro hacia la puerta.

La abuela no está en la sala de espera, así que imagino que ha vuelto a la habitación en la que está el abuelo. Pero al doblar la esquina hacia la derecha, le encuentro en el pasillo, mirando justo hacia donde me encuentro. Con paso lento se acerca a mí. Lleva un pañuelo blanco en la mano, apretado y estrujado, casi convertido en una pelota. El contorno de sus ojos está rojo y ya no queda ningún

rastro de la sonrisa con la que me recibió días atrás.

– Tu abuelo se va a quedar a pasar la noche. Yo me quedaré con él, así que vuelve a la fiesta y diviértete - explica sin desviar la mirada del suelo.

– ¿Cómo está? No ha querido decirme nada...

– Le están haciendo más pruebas, todavía no se sabe nada. El doctor dice que ha empeorado, el cáncer puede crecer a veces sin avisar... - su monótono discurso termina por quebrarse.

– ¿Qué tal estás tú? Puedo quedarme a hacerte compañía, no me importa, de verdad.

– No, no - rechaza con un movimiento de cabeza. - No es lo que tu abuelo querría, te llamaré si algo pasa, solo... Llama a tus padres, yo no he podido hacerlo...

– De acuerdo, les pondré un mensaje, no te preocupes, yo me encargo - me despido con un abrazo. - No te preocupes, el abuelo es fuerte, mañana nos veremos en casa.

Sin responder, mi abuela se despide con un intento de sonrisa mientras me observa doblar la esquina. Casi sin pensarlo hecho a correr, salgo del hospital y busco el coche de Tomas. Puedo escuchar la música antes de golpear la ventanilla para que abra los ojos. El asiento del piloto está reclinado y con el abrigo por encima, Tomas me mira con cara de resignación.

– Justo estaba a punto de quedarme dormido - me saluda al entrar en el pequeño habitáculo condensado por el calor que se escapa de la calefacción.

– Lo siento, me estaba helando de frío.

– No importa, es broma, solo quería sacarte una sonrisa.

– Bueno, pues lo has conseguido - responde a la vez que me quito el abrigo y lo dejo en la parte de atrás. - Mi abuela se queda a pasar la noche con el abuelo así que... podemos volver a la fiesta.

– En realidad no podemos, les he dicho que nos íbamos a casa a dormir.

– Pues entonces hagamos eso - resuelvo el problema.

– De acuerdo, rumbo hacia tu casa entonces.

De alguna forma los dos nos hemos acostumbrado al silencio. A mirarnos en silencio, hablar con la mirada, escuchar el resto de sonidos sin permitir a la mente viajar hacia ese rincón oscuro en el que se hundirá. Por eso cuando llegamos a casa, aparcá el coche en la misma puerta y se baja del coche, con la silenciosa invitación que yo misma le he dado antes de ponernos en marcha.

La casa está casi tan fría como el exterior, no ha habido nadie que esta tarde diese el fuego para que entrase en calor. Sin dar la luz, subimos hasta mi cuarto, iluminado por las estrellas en el hueco de la ventana. Antes de que nos quitemos los abrigos, saco las mantas que mi abuela siempre ha guardado en lo alto del armario y las extiendo sobre la cama. Tomas es el primero en taparse y desde ahí, se quita el abrigo y lo deja caer al suelo.

– ¿Quieres que te deje el pijama de mi abuelo? - pregunto sacando el mío de debajo de la almohada.

– Estoy bien, no te preocupes - tomando su idea, me meto en la cama tras descalzarme.

– Date la vuelta - le pido colocándome de costado, dándole la espalda, y quitándome la ropa lentamente para que las mantas no se caigan.

– Ni que no te hubiese visto veces ya... - suspira girándose hacia el lado contrario. Me quedo con la ropa interior y pongo sobre ella el pijama.

– Ya estoy lista.

– Genial - bosteza. - Ahora ya soy libre para dormir, procura no pegarme demasiado.

– Y tú no te lleves toda la manta - respondo tirando de la tela hacia mí.

– Siempre has sido tú la friolera - me provoca tirando hacia su lado de la manta y haciendo que gire mi cuerpo, quedando pegado al suyo.

– Y tú siempre has estado demasiado caliente - comento rozando su camiseta con las manos, sintiendo el calor que se escapa de su cuerpo. Pasa sus brazos alrededor de mi cuerpo y puedo

sentir como un escalofrío recorre mi espalda.

– No hemos cambiado tanto en estos años - suspira apretándome contra su pecho.

– Claro que lo hemos hecho.

– No puedo darte la razón con un pijama de ositos puesto.

– Idiota - me sonrojo y le doy una patada en la pierna. Ambos nos reímos al tiempo, no hemos cambiado nada. Nuestras piernas se enrollan bajo las mantas y el calor nos hace caer poco a poco en la somnolencia que se apodera por completo de nosotros. Escuchando los latidos de su corazón me quedo dormida con una sonrisa dibujada en la cara.

Una caricia en la mejilla me saca del sueño de una tarde de verano cuando apenas teníamos diez años.

– Tu móvil ha sonado - me contesta el adulto que una vez fue un niño corriendo tras renacuajos en las charcas.

– Voy - responde la niña que siempre le tiraba el cubo para que el grupo de las chicas ganase en la recolección de los inocentes animales.

El abrigo me espera a los pies de la cama. No solo hay una llamada de un número que supongo será de la cabina del hospital. También mis padres han contestado a los mensajes que les puse anoche. Son casi las doce de la mañana, el sol que entra por la ventana indica que la niebla del día anterior ya se ha marchado. Volviendo a colocar mi cuerpo dentro de las mantas, marco la tecla de re-llamada para escuchar una cinta del hospital indicando que teclee la extensión con la que deseo hablar. Espero bajo la vigilante mirada de Tomas que me ha cogido de la mano que tengo libre.

– ¿Qué desea? - pregunta una voz femenina al otro lado del teléfono.

– Me gustaría hablar con la habitación de Marcos Rodríguez, ingresó anoche de urgencia en la sala tres.

– Espere un momento - escucho un murmullo y el tecleo del ordenador. - No hay ningún Marcos en la sala tres, es posible que le hayan cambiado de habitación o esté en cirugía.

– De acuerdo - respondo desanimada - iré más tarde al hospital, gracias.

– De nada, buenos días... - corto la llamada antes de que termine.

– ¿Qué ha pasado? - pregunta Tomas apretándome la mano.

– No lo sé.

– ¿Quieres que vayamos al hospital? Podemos saltarnos el desayuno - propone entrelazando sus dedos con los míos.

– No va a servir de nada, mi abuela volverá a llamar - me giro hacia él y le abrazo. - Si quieras bajamos a desayunar - añado sin soltarle.

– Así también se está a gusto - me besa en la cabeza y me sonrojo.

– ¿Cuánto tiempo más vamos a estar así? - formulo la única pregunta para la que no tengo respuesta.

– No lo sé – responde tras un rato en silencio.

– Bueno, da lo mismo, estamos bien - subo hasta colocarme a la altura de su cuello y le doy un beso, apoyando después mi cabeza sobre la suya, abrazándole más fuerte. Me acaricia la cabeza y se inclina hacia atrás para mirarme a los ojos y acto seguido besarme en los labios.

Puedo sentir como sus latidos se aceleran con los míos, pero el beso no continuó. Despacio, nos sepáramos y cada uno sale por un lado de la cama, calzándose para bajar a desayunar. Tomas va a al baño antes de bajar los escalones y mientras tanto, enciendo la chimenea con un par de troncos y comienzo a preparar tostadas en la sartén.

– Qué bien huele - comenta sentándose en la mesa de la cocina y dejando mi móvil sobre ella.

– Los cafés están en el microondas, sácalos – le pido mientras coloco la última tostada en el plato.

El sonido de la puerta de entrada no nos deja empezar a untar las tostadas con la mermelada de mora que mis abuelos recogieron en verano.

- ¿Laura? - pregunta la voz de mi madre. Sorprendida voy hasta la puerta de la cocina para saludarla.
- ¿Mamá? ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Qué pasa? ¿Con qué llaves has entrado?
- Con las de tu padre, está fuera - me enseña el llavero con un coche negro, que efectivamente pertenece a mi padre y deja el bolso sobre el primer escalón de la escalera. Cerrando la puerta, mi padre entra también en casa.
- ¿De quién es el coche que hay aparcado fuera? - pregunta enfadado.
- Es el mío - responde Tomas desde la cocina con una tostada en la boca. Al verle la cara de sorpresa de mi madre contrasta con la de desaprobación de mi padre.
- ¿Qué está haciendo él aquí? - pregunta, enfadado. - No he conducido toda la mañana para encontrarte en casa de los abuelos desayunando tostadas con tu novio, y no quiero saber si se ha quedado a dormir, porque ya me imagino la respuesta...
- Jose, cálmate - le interrumpe mi madre colocándole la mano sobre el hombro. Estoy a punto de contestarle, pero Tomas lo hace antes que yo.
- Lamento que mi presencia aquí le moleste, no lo sabía, lo siento. Me he quedado a dormir, pero no he hecho nada que pudiese herir a su hija, Laura siempre ha sido una gran amiga y no podía dejarla sola después de salir de ver a su abuelo en el hospital - con cada palabra me sonrojo un poco más, incapaz de mirar a nadie, fijo la vista en el suelo. - Y no me voy a marchar a menos que ella me lo pida, he prometido que estaría siempre junto a ella.
- Bonita promesa - contesta mi madre antes de que mi padre pueda decir algo. - Laura, no has hablado con tu abuela, ¿verdad?
- No - levanto la vista del suelo. - No me ha dado tiempo a coger el teléfono, estaba durmiendo, y cuando he llamado al hospital me han dicho que no podían pasarme con la habitación en la que estaba el abuelo - mi madre dirige una mirada de reproche a mi padre.
- ¿Ves como no sabían nada? Siempre te pasas de listo sacando conclusiones - le recrimina y suspira. - Vamos a la cocina, los cuatro.

Tomas y yo nos sentamos en un lado de la mesa de la cocina y mi madre y mi padre hacen lo mismo en las sillas del otro lado. No me gusta el ambiente que hay desde que se ha nombrado a mi abuela. Por debajo de la mesa, Tomas me coge de la mano y la apoya sobre su pierna. Mi padre se aclara la voz y con un asentimiento de mi madre comienza a hablar.

– Tu abuela nos ha llamado a las siete de la mañana. El abuelo tenía un cáncer, todos los sabíamos, tomaba las pastillas, se cuidaba... - un codazo de mi madre le fuerza a subir el tono de voz e ir al punto de la cuestión que empiezo a temer. - El cáncer se había extendido demasiado y el cuerpo del abuelo no ha podido expulsarlo, tampoco era viable operarle ni darle quimioterapia, era demasiado tarde para todo, le han tenido con anestesia toda la noche hasta que su corazón ha dejado de latir. - un final tan bonito para un acontecimiento tan trágico. Intento contener las lágrimas pero me derrumbo sobre el hombro de Tomas, que me recoge y abraza, susurrando que me mantenga tranquila.

– La abuela vendrá en un rato, cuando termine de arreglar todo, nos quedaremos las navidades para hacerle compañía - explica mi madre.

Las tostadas se enfrián sobre la mesa mientras mis padres vuelven al coche a coger las maletas y Tomas trata de ayudarme a ponerme en pie para subir a la habitación, ya que soy incapaz de comer. Subiendo lentamente las escaleras, mi padre me agarra del brazo que Tomas no puede sostenerme para guiarme hasta la cama en la que me sumerjo tapándome por completo. Puedo escuchar la sugerencia de mi madre de ir quitando las cosas que puedan recordar al abuelo de la casa, pero todavía me niego a creerlo y repito en mi mente una y otra vez la última conversación que tuvimos. Inconscientemente de mis labios se escapan las palabras "siempre" y "nunca". Entonces Tomas me abraza por encima de las mantas y vuelve a pedir que me tranquilice,

acariciándome la cabeza. Pero no puedo parar de llorar, ni siquiera quiero pensar en que mis padres están juntos andando por la casa sin discutir, sin nada que reprocharse.

Cuando mis tripas rugen del hambre, escucho el sonido de la puerta. Mi abuela acaba de llegar. Siento como las mantas se liberan del peso de Tomas y durante un rato me siento vacía, sola. Un poco más tranquila, destapo mi cabeza y me seco los mofletes, intentando no frotarlos demasiado para que no se me queden rojos. Minutos después, Tomas entra por la puerta con una bandeja y dos bolsas de comida rápida.

– Ya ha llegado tu abuela, está también en la cama con tu madre y tu padre ha ido a buscar a Sophie.

– Gracias - agradezco el detallado informe y me siento en la cama, apoyándome en el cabecero con las piernas tapadas por la manta sobre la que coloca la bandeja.

– Tenemos que comer, tu madre no me ha dejado cocinar y me ha mandado a recogerlo al restaurante, así que no queda más remedio – añade divertido metiéndose en la cama conmigo y abriendo las bolsas, que dejan escapar un rico olor a pollo.

– ¿Y tu padre? - pregunto recordando que lleva conmigo todo el día.

– No te preocupes, ya le he avisado. Ha dicho que haga lo que quiera, él va a estar estos días de abogados con mi madre, no hago mucho en casa.

– Mejor.

– Ya lo creo, además tenemos el coche - sonríe al darme la buena noticia.

– No creo que podamos escaparnos muy lejos - comento contagiándome de su sonrisa.

– Con llegar a la vieja casa del árbol será suficiente - me rodea con un brazo y me besa en la cabeza. - Bueno, tenemos pollo, sopa, ensalada y de postre tarta, ¿por cuál empezamos?

– Será mejor comer lo caliente antes de que se enfrié. No tengo muchas ganas de ensalada, la verdad.

– Ensalada fuera - saca el taper que la contiene de la bolsa y lo deja en el suelo al lado de la cama.

– Empezamos por la sopa - anuncio extrayendo el contenedor de plástico de la otra bolsa.

Como a Tomas se le han olvidado los platos, comemos directamente del taper. Por suerte, sí que se ha acordado de los vasos y el agua, que colocamos sobre la mesilla de la cama para no terminar empapados. Al comenzar no tenía hambre, pero poco a poco y gracias a las tonterías de Tomas he sido la que más ha comido. Peleando con las cucharas por tirar la comida al otro, discutiendo sobre la mejor forma de cortar el pollo sobre la inestable cama... Íbamos a empezar con la tarta cuando la puerta se abre de golpe y Sonia, Sebas, Alba y Jesús entran en la habitación, deteniéndose tras ver nuestro picnic improvisado en la cama. Me siento incómoda compartiendo la sonrisa que hay en mi cara con alguien más, y su llegada me recuerda todo lo que está sucediendo fuera del cuarto que durante unas horas he podido ignorar.

– Y yo que venía preocupada y te encuentro comiendo tranquilamente con Tomas - rompe el incómodo silencio Sonia.

– Tú y todos, no te lleves todo el mérito que la que se ha enterado ha sido mi madre - Alba le echa una mano.

– Gracias por venir - respondo sin ser capaz de articular una excusa por la que no les haya avisado yo misma. Pero tampoco me lo echan en cara.

Los chicos ayudan a Tomas a recoger y después de darmelos dos besos y el pésame, bajan los tres a la cocina, dejándonos a las chicas solas.

– ¿Te vas a marchar? - pregunta Alba sentándose a mi lado en la cama.

– Todavía no lo sé, nos quedaremos al entierro e imagino que mi madre y yo nos quedaremos a hacer compañía a mi abuela hasta que tenga que volver a la universidad.

– Bueno, pues entonces haremos una fiesta cada día, para que no tengas tiempo de pensar. Ahora

que estás con Tomas ya no os podéis quejar de... - Alba corta con un codazo el discurso de nuestra amiga al ver mi cara.

- No tengo muchas ganas de fiesta, e independientemente de eso, Tomas y yo solo somos amigos.
- Cualquiera lo diría después de veros en la cama - evita el segundo codazo de Alba y continúa - podéis negarlo todo lo que queráis pero desde que has venido has estado todo el rato con él, vamos si es que nosotras casi ni te hemos visto el pelo - decidio no responder a sus provocaciones y miro por la ventana.
- Bueno, vendremos a verte cuando nos necesites, solo tienes que llamarnos, estamos aquí - calma un poco los ánimos Alba, dándome unos golpecitos en la pierna.
- Gracias, a las dos - añado, sé que Sonia tiene un extraño método de ayudarme pero lo intenta. - Este no está siendo un gran año chicas y no puedo hacer nada, si estoy con Tomas es porque no irradia tanta felicidad como vosotras y no me hace daño estar con él - explico. - No os lo toméis a mal, me alegro muchísimo por vosotras, se os ve muy felices con Sebas y Jesús, pero no puedo compartir esa felicidad porque... después de lo de mis padres... ya no creo en el amor... no puedo creer en él... y ahora lo de mi abuelo... sus últimas palabras lo reavivaron... pero tengo miedo de sufrir y hacer daño a la persona que quiero... - me detengo cuando entre las lágrimas puedo observar la cara de asombro de mis dos amigas que miran en dirección a la puerta. Allí, los chicos reflejan esa misma mirada sobre Tomas, que ya está casi llegando a la cama, y me abraza.
- Idiota, no vas a hacer daño a nadie, ni siquiera sabes dar una patada como se debe - me acaricia la cabeza y me da un beso en el cuello, que yo respondo en el suyo. - Hemos decidido que ya es hora de hacer algo, así que nos vamos al cine, os dejamos para que saquéis a Laura de la cama y la preparéis en lo que nosotros vamos a por el resto de cosas.
- Estupendo, Sebas pásate por casa y cógenos el bolso a Alba y a mí.
- ¿Y cómo sé cuál es el bolso de entre todos los bolsos? - pregunta este desde la puerta.
- Pues el morado, el único que tiene cosas dentro.
- Jesús, ¿sabes cuál es el mío no? - pregunta Alba mientras me ayuda a levantarme de la cama. Tengo las piernas un poco dormidas. No escucho la respuesta, pero imagino que asiente porque los chicos se marchan volviendo a dejarnos solas.

Durante el resto del día, todos evitan el tema y se dedican a hablar de la universidad, los estudios, los planes de futuro, incluso en algún momento aparece la propuesta de hacer un viaje de verano todos juntos. Mis padres no ponen pegas a que les dejemos solos con mi abuela mientras esté atenta al móvil. Demasiado apretados, pero entramos todos en el coche de Tomas para bajar al cine. Esta vez la elección de la película se hace por votación y por mi voto neutral, gana la de acción con tres votos frente a la romántica con dos. Por parejas, nos compramos un bote de palomitas y un refresco, y pagándolo todo, consigo saldar la deuda que tenía con Tomas, aunque esta vez no tengo fuerzas para escarbar entre palomitas. No han terminado los comerciales cuando cierro los ojos y me sumerjo en el mundo de los recuerdos, el verano con mi abuelo lucha contra el de Tomas por ganar terreno en mi mente, y al final, es Tomas el encargado de devolverme a la realidad con un codazo.

A mi lado, Sonia y Sebas están comentando la película entre beso y beso. La otra pareja, un poco más alejada, si que parece estar haciendo caso al argumento. A mi otro lado, después del bote de palomitas, la cara divertida de Tomas engulle palomitas sin desviar la mirada de la pantalla, pero de alguna forma, tampoco pierde detalle de lo que hago y me mantiene atenta, lejos de la mente.

Esa noche Tomas no se pudo quedar a dormir, ni siquiera a cenar, y sé que él lo lamentó tanto como yo, pero tuvo que dejar a todos en sus respectivas casas y devolverle el coche a su padre. Cada uno en nuestro infierno particular, no tuvimos tiempo de hablar hasta el negro día siguiente. Mi abuela solo salió de la habitación para mirar el plato con la cena sin llegar a probarlo. Su hijo le

comunicó que el entierro sería al día siguiente, por la mañana, y todo el mundo estaba avisado. Los pocos amigos de mis abuelos que quedaban vivos eran la poca familia que conservaban a parte de nosotros. Sophie, igual de maquillada que siempre, estaba sentada al lado de mi padre, en frente de mi madre, que me acariciaba la pierna cada vez que emitía algún sonido. No era capaz de articular palabras. Me fui a la cama temprano, pero no dormí. Pude ver desde el cristal como la noche cubría de hielo las ramas de los árboles y los rayos del sol lo derretían convirtiéndolo en diminutas gotas de rocío. No me había traído ningún conjunto negro en la maleta para las navidades, pero mi madre entró en el cuarto con un vestido negro y el desayuno antes de que pudiese salir de la cama. Por sus ojeras, ella tampoco había podido dormir.

Cuando terminé de asearme y vestirme en el baño, el reflejo que me devolvía el espejo se negaba a mirarme fijamente más de dos segundos. Me gusta el negro, pero hoy no. Las nubes dieron una tregua cuando nos montamos los cinco en el coche. Sin música ni palabras para llenar el vacío, el silencio se hizo insoportable. Todos se bajaron del coche para entrar al tanatorio, pero yo me quedé dentro, apoyada sobre la ventana. El abuelo no habría querido que lo viese así, y todos los sabían, por eso ninguno insistió. Sus últimas palabras me deseaban que fuese feliz pero ahora no podía serlo, es imposible, ¿cómo se puede sonreír en una situación así? ¿Cómo se pueden retener las lágrimas? Unos golpecitos en el cristal me obligan a abrir los ojos y retener con las mangas del vestido las gotas de agua que se escapan de mis ojos. Se me hace extraño ver a Tomás con traje, y solo con pensarla, una sonrisa aparece y desaparece de mi rostro. Le abro la puerta y me muevo para dejarle espacio. Cuando se sienta no me saluda, no dice nada, me mira, sonríe y me abraza. Odio que me vean llorar, y él siempre lo ha sabido porque era el culpable de muchas de mis rabietas. En esas ocasiones eran Sonia y Alba las que me veían llorar e impedían que los chicos se acercasen, pero ahora solo le quiero a él.

El frío junto al sol nos acompaña durante el corto camino hasta el cementerio. Ese viejo cementerio en el que tantas noches de verano nos colamos para contar historias de terror, hoy tendrá otra historia que contar. Más de la mitad del pueblo está allí, dejando espacio para que la familia nos coloquemos lo más cerca posible. Tomás me ha ido sosteniendo parte del camino y le agarro con fuerza la mano, necesito que se quede conmigo. Agarrándome de la cintura por detrás, nos detenemos de pie frente a un agujero. Me ha parecido ver al resto de mis amigos entre los asistentes, pero las lágrimas no me permiten asegurarlo. Con un susurro, Tomás detiene el llanto y vuelvo a sumergirme en la corriente de recuerdos que ahora se vuelven amargos. No escucho las palabras del cura, ni después la sucesión de palabras de pésame y aliento que todo el mundo comparte conmigo. Los amigos se esperan al final, pero no hacen falta palabras después de tanto tiempo, obligando a Tomás a soltarme, cada uno de ellos me abraza y después, mi madre se encarga de darles la noticia de que después de año nuevo, nos marcharemos. La noticia también es nueva para mí, pero no reacciono ante ella y Tomás tampoco deja entrever su opinión.

Por la tarde, la reunión familiar comienza con las palabras de mi padre, quiere dejar todo solucionado antes de que llegue Nochevieja. Mi abuela no es capaz de quedarse en casa, confiesa, no lo soporta, y mi madre ofrece que nos haga compañía en la ciudad, la casa se nos ha quedado grande a las dos. Después de horas deliberando llegan a una solución, animándome a participar, pero sin conseguirlo. Sobre la repisa de la chimenea todavía hay una foto del abuelo, sentado en el viejo sillón que ahora ocupa mi padre, y con una niña entre sus piernas, con dos coletas y una sonrisa provocada por las muecas que hacía la abuela que ahora no es capaz de formar una sonrisa con sus labios. Cuando termina la reunión, todos se ponen en pie, cada uno se marcha a una habitación y yo, después de un rato me levantó y sostengo la fotografía, nuestra foto, pienso estrechándola contra el pecho. Despacio, subo hasta mi cuarto y la guardo en la maleta. Solo me

quedan dos días en la casa, debo empezar a guardar la ropa. Tampoco seré capaz de leer los apuntes, así que los guardo también, dejando fuera solo la ropa que utilizaré. Aún no ha llegado la hora de cenar cuando el teléfono se ilumina en la oscuridad del cuarto. Incorporándome de la cama, descuelgo.

– ¿Puedo pasar a verte? Te recojo y damos una vuelta antes de cenar - explica la voz de Tomas, intentando que no tenga que añadir nada más.

– Vale - respondo con un suspiro. No espera a escuchar más, cuelga, sabe que no sería capaz de continuar y se lo agradezco con una invisible sonrisa.

Siempre se me ha dado mal caminar de noche, no soy una persona muy torpe, pero parece que todos los agujeros se colocan por la noche para estar debajo de mis pies. Agarrada al brazo de Tomas, me dejo guiar entre los árboles que gimen en silencio por el paso del viento. Se detiene al llegar a

Nuestro destino, obligándome a levantar la mirada y descubrir los brillantes destellos de cientos de velas encendidas que iluminan la vieja casa del árbol.

– Estaba preocupado de que llegásemos y estuviese apagadas, venga, sube primero. - me invita a subir por la escalera, arreglada y con una vela a cada lado de cada escalón. Antes de que pueda darme cuenta estoy sonriendo apoyada sobre su pecho y cubierta por una manta.

– Gracias - susurro mirando al cielo estrellado que se esconde entre las ramas.

– Es el primer año que subes en navidades y ni siquiera has podido aprovecharlo, quería darte algo feliz que recordar - me besa en la cabeza y aprieta el abrazo con el que me sostiene sentada.

– Ya me has dado unos cuantos recuerdos felices - comento más animada pero sin alzar el tono de voz.

– Entonces trata de sonreír, tu abuelo también querría que lo hiciese – entra de lleno en el tema, pero para mi sorpresa, no me duele, tiene razón, ni siquiera lo he intentado.

Poco a poco, las velas se van extinguiendo por el paso del tiempo y el viento. Continuamos hablando en susurros hasta que las estrellas son testigos de nuestra confesión. Una confesión de amor imposible, irreal. No había hueco para él en el corazón, y la razón se negaba a creer en que un sentimiento así pudiese existir, pero todo eso había cambiado. En parte seguramente por la influencia de nuestros amigos, pero en su mayoría, culpa de las confesiones y recuerdos que todas las noches nos habían unido.

Sin embargo, al año no sería lo único a lo que dijésemos adiós al marcharnos. Mi abuela quería vender la casa, no quería continuar viviendo en aquel lugar que tantos años había compartido con el abuelo. Así que se marchaba a nuestra casa para no volver, y eso no hacía más que complicar mi próximo verano, mi cercano romance. No había posibilidad de volver. La esperanza de que nos volveríamos a ver no se extinguiría tan fácilmente, pero no era una buena noticia. El año no podía terminar con un final feliz, debía hacerlo con una amarga despedida en la puerta de la que ya nunca volvería a ser mi casa, pero siempre lo fue.

4. La luz al final del camino

La abuela no tardó demasiado en acostumbrarse a vivir en casa, y nosotras agradecíamos no tener que cocinar ni encargarnos de las labores domésticas a las que ella dedicaba todo el día. Pero no hacía otra cosa, toda su vitalidad se había perdido, a veces ni siquiera era consciente de que estaba en casa. Mi padre se había mudado al otro lado de la calle, así que también le veíamos muy a menudo. A mi madre ya no le molestaba tanto, lo había empezado a superar, incluso salía alguna que otra noche. Era como si la muerte del abuelo les hubiese hecho reaccionar a los dos y dejar las disputas de lado.

Según estuve de nuevo en la ciudad me centré en los estudios. Todos me enviaban mensajes casi todas las semanas durante enero, pero en febrero se redujo a un mensaje grupal al mes, salvo de Tomas. Ambos nos esforzábamos por sacar un par de horas al día para hablar, aunque fuese ya de noche y el cansancio del día no nos permitiese más que sostener el teléfono. Seguí de primera mano todo el proceso de separación de sus padres, que al final se saldó sin demasiadas revueltas en el pueblo, aunque tuve que simular sorpresa cuando Sonia me llamó para contármelo. Después ella sola llegó a la conclusión del contenido de nuestras conversaciones durante las fiestas de invierno. No puedo decir que Tomas y yo mantenemos una relación a distancia, porque sería mentir, ni siquiera comenzamos a salir en aquellos dos días después de la noche de las velas. Pero no podía dejar de pensar en aquel beso y recordar todas y cada una de nuestras conversaciones. Las noches ya no eran una sucesión de sueños en blanco, telas de recuerdos que saltaban en el tiempo iluminaban mi cara con una sonrisa cada mañana. Por su culpa también desempolvé la vieja caja de recuerdos que guardaba en el fondo del armario. Allí almacenaba cada verano un par de recuerdos, unas fotos, unas piedras, un juguete roto, un trozo de tela... no había ni uno solo en el que la historia dejase a Tomas de lado. La distancia no nos permitía estar juntos, pero a la vez, poder hablar, poder contarnos todo, nos relajaba y llenaba de paz. Compartir con otra persona tus sueños, tus esperanzas y deseos era algo totalmente diferente con él, único e indescriptible.

Pero no todas las noches era capaz de ver ese lado positivo de las cosas. Cuando las nubes cubrían las estrellas me preguntaba si Tomas también las estaría mirando, qué estaría haciendo, pensaría en mí, encontraría a otra persona. Los dos bromeábamos a veces sobre algún compañero de la universidad, pero el verdadero objetivo era saber que seguíamos siendo el uno del otro. Porque el miedo de perder a una persona no desaparece con unas simples palabras, y eso era todo lo que teníamos, sabiendo que no era suficiente. Por eso empezamos a dejar pasar el tiempo entre las llamadas, primero él, después yo, cada vez duraban menos, hasta olvidarnos de sonreír al descolgar la llamada. El miedo al dolor del otro nos alejó más de lo que esperaba y de lo que quería reconocer, pero no podía hacer nada. Estaba en casa, debía estar en casa, con mi madre, terminando la carrera en la que tanto empeño había puesto, al igual que Tomas con la suya. No había tiempo para un amor de verano entre las lluvias de primavera, que dieron paso al comienzo del verano.

Graduarme fue motivo de alegría para mis padres, pero sobre todo, devolvió la sonrisa a mi abuela, que acudió a la graduación con la cabeza bien alta y por primera vez desde que el año comenzó me dio dos besos cargados de amor y me susurró al oído que el abuelo estaría orgulloso de mí. Y sabía que era cierto, lo estaría. Sonia me llamó para felicitarme y aunque decidí saltarme la fiesta de la graduación para estar con la familia al completo, me prometió hacer una en su casa cuando subiese al pueblo. Ya habíamos planeado que me quedara en su casa, porque un comprador ya le había hecho una oferta a mi abuela y la casa no tardaría en ser ocupada. Como no iba a ser mucho tiempo, mi madre me dejaría su coche para que subiese hasta la montaña y pudiese divertirme. Tenía ganas de volver, aunque sabía que al llegar sería difícil. No solo por todos los recuerdos que inundarían mi mente, sino también por Tomas. No me atrevía a llamarle desde hacía semanas, tenía miedo de que me dijese que había encontrado a otra persona o de que su voz ya no fuese la misma ni su sonrisa fuese solo para mí. También me sentía egoísta por quererle solo para mí, no quería que viese en lo que se había convertido el amor que sentía por él. Tenía medio de que lo rechazase, incluso más aún de su indiferencia. Mi mente se había convertido en un vaivén de sentimientos encontrados. Pero en el fondo, mi corazón ansiaba encontrarse con él y volver a estar entre sus brazos.

El primer despertar después de haber terminado una de las etapas de mi vida, resultó

reconfortante. Después de meses levantándome antes que el sol, agradecí poder disfrutar de un largo sueño hasta la media mañana en que me llegó el olor a tostadas desde la cocina. También mi abuela parecía continuar con la energía del día anterior y me recibió con una sonrisa y una taza de café en la mano.

– Buenos días hija, te he preparado el desayuno.

– Gracias - me siento y froto mis manos decidiendo la mermelada por la que empezaré.

– ¿Cuándo vas a subir al pueblo?

– La semana que viene – respondo con la boca llena de tostada con mermelada de mora. Me sorprende que pregunte por el pueblo después de tanto tiempo, pero no quiero forzar el tema invitándola a acompañarme. - Los padres de Sonia se van de vacaciones a la playa y es la única semana que coincidiremos todos en el pueblo, después cada uno tiene sus planes.

– ¿Y Tomas? - pregunta inocentemente.

– También irá - lamento no poder añadir nada más, y mi abuela lo nota en la expresión de mi cara, se levanta de la mesa y me deja sola en la cocina con las tostadas.

Cuando regreso a la habitación, miro el móvil. Debería llamarle. Lo cojo y después de desbloquear la pantalla, empieza a sonar. Como si me hubiese leído la mente, su nombre reluce en la pantalla. La sonrisa de la primera vez que hablamos después de volver a casa, retorna a mi rostro.

– Enhorabuena por la graduación - son las primeras palabras que escucho, en el mismo tono de siempre.

– Gracias, y tú qué, ¿lo has conseguido?

– Por supuesto, ¿todavía dudas de mis capacidades?

– No, no, claro que no, me alegra un montón, la semana que viene tendremos que celebrarlo.

– En realidad, quería proponerte vernos hoy - directo al punto, igual que siempre.

– ¿Hoy? - pregunto extasiada por la prontitud.

– Bueno, si tienes planes podemos dejarlo para mañana, no me importa.

– No, no, no me importa, ¿a qué hora quedamos?

– En media hora paso a recogerte.

– ¿Media hora? - de nuevo me sorprende lo rápido que todo sucede.

– ¿Necesitas más tiempo para arreglarte? - pregunta con su tono pícaro y divertido.

– Por supuesto que no, en media hora está bien, avisaré de que no como en casa.

– Y tampoco cenas.

– ¿Pero qué vamos a hacer? - pregunto curiosa.

– Es una sorpresa, pero estaremos todo el día fuera, hasta mañana. Si yo fuera tú, haría la maleta para la próxima semana ¿te dará tiempo en media hora?

– Claro que sí – respondo desafiante.

– Pues allí estaré, nos vemos en un rato.

– ¿Tienes mi dirección?

– Se la pedí a Sonia hace tiempo, no te preocupes, no creo que me pierda, iré con GPS.

– Perfecto, entonces hasta pronto.

– Bye - se despide dejándose con una sonrisa en la cara y el misterio en la mente.

Mientras hago la maleta no puedo dejar de pensar en el plan que habrá pensado, en lo que haremos. Con todo el escándalo que hago para meter la ropa, mi abuela entra en la habitación y aprovecho para contarle las novedades. Nada más escuchar el nombre de Tomas me dice que no me preocupe, ella hablará con mi madre, y propone que me ponga la minifalda de volantes azul que ella me ha regalado el día anterior. Con esa sugerencia cierra la puerta, dejándose sola y anonadada, pero decidido seguir su consejo y conjunto la minifalda con una camiseta del mismo color que deja al descubierto uno de mis hombros y el tirante del sujetador negro.

Esperaba que la llamada de Tomas me animase, pero no tanto como lo ha hecho, imagino que porque me ha pillado totalmente desprevenida. Treinta minutos después, termino de arreglarme el pelo frente al espejo y salgo corriendo de casa despidiéndome desde la puerta de mi abuela. El ascensor tarda demasiado en llegar, ya me estoy retrasando. Con la esperanza de que el tiempo no haya corrido demasiado, salgo a la calle en busca del todo-terreno negro. No hay ninguno en la calle, sonrío, quizá sea él el que se ha retrasado. Pero he cantado victoria demasiado pronto. Apoyado en la pared cerca de la puerta, Tomas me silba y pulsando el mando que lleva en la mano, las luces de un pequeño coche negro se encienden.

– Cinco minutos tarde, todo un récord. - comenta divertido abrazándome por la espalda. Noto como mis mejillas se ruborizan y mi corazón se acelera pero intento disimularlo y me giro para abrazarle también.

– Las estrellas se hacen esperar.

– Depende de para quien.

Y con esa enigmática frase coge la maleta y la guarda en el maletero, para dirigirse después a la puerta del conductor.

– Qué poco caballeroso eres.

– No sabía que entrar al coche fuese a costarte tanto - decido no seguir respondiendo a sus provocaciones y me tomo la libertad de encender la radio.

– ¿A dónde vamos?

– Es una sorpresa, así que cierra los ojos. - Antes de que pueda preguntar durante cuánto tiempo, me coloca un pañuelo oscuro sobre los párpados cerrados y lo aprieta de forma que al abrir los ojos solo soy capaz de ver la poca claridad que se cuela entre las costuras. Sentirle tan cerca, acariciando mi pelo ha vuelto a acelerar mi corazón.

– Esto me recuerda a las piñatas que montaban nuestros padres en verano.

– El pañuelo es el mismo - comenta poniendo el motor en marcha.

El viaje comenzó con una puesta al día de nuestras vidas. No esperaba tener que pasar demasiado tiempo con el pañuelo puesto, pero el tiempo se me empezó a hacer eterno en la oscuridad. Desistí de preguntar la hora a la tercera vez que lo hice y solo cinco minutos habían pasado. Cada vez que mostraba mi impaciencia de algún modo, Tomas aprovechaba para reírse y meterse conmigo. Y todo eso poco a poco fue recobrando nuestra amistad hacia lo que pensaba que ya estaba perdido. La música terminó siendo una gran compañera de viaje para utilizar de karaoke hasta que una sensación familiar llegó desde debajo del asiento. Atravesábamos una zona de baches, la claridad del pañuelo pasó a ser intermitente, como si atravesásemos una zona de árboles cuyas ramas bloqueaban el sol. Bajé la ventana para respirar el aroma de los árboles y sonréí. Pero esa sonrisa delató lo que ya sabía y Tomas me advirtió de que en realidad ya contaba con eso. Enfadada por estropear mi celebración imaginé que una fiesta me estaría esperando en algún lado, o quizás una semana romántica... rechacé la última idea, había pasado mucho tiempo, seis meses lejos no podían retomarse como si nada.

El coche se detuvo después de circular un rato por un camino de tierra. Mis manos se lanzaron rápidamente a quitar el pañuelo pero Tomas las detuvo con las suyas y ese roce volvió a dejarme sin respiración y también debió de sonrojarme porque empezó a reírse mientras salía del coche para abrirme la puerta y guiarme hacia la sorpresa. Pude escuchar el sonido de un papel que sacaba de la guantera y después, nuestros dedos se entrelazaron para conducirme no muy lejos del coche.

– Bien, ya estamos aquí. - no podía escuchar más sonidos que el de su voz y la naturaleza que nos rodeaba.

Colocándose detrás de mí retira el pañuelo sin deshacer el nudo, llevándose un par de pelos en el

proceso, pero no me importa, porque lo que estaba viendo me había dejado sin habla. Estaba frente a la casa de mis abuelos, con la fachada totalmente reparada y cortinas de infinidad de colores en las ventanas.

– ¿Te gusta? – pregunta agarrándome por la cintura.

– Si claro que si – responde con una sonrisa. Pero al instante bajo la mirada, ya no será nunca más la casa de mis abuelos, ya está vendida, y a pesar de ello Tomas sigue sonriendo.

– Entonces esto te gustará aún más – saca del bolsillo del pantalón las hojas de la guantera y las pone frente a mi cara para que pueda leer el título en negro “Contrato de venta”. Mis ojos se abren hasta su límite y bajo la vista hasta la firma el sello. ¡Tomas ha comprado la casa de mis abuelos! – ¿Quieres vivir conmigo? – pregunta mirándome directamente a los ojos. – Sé que es un poco pronto y acabas de terminar la carrera, pero estoy seguro de que podrás encontrar trabajo en el pueblo y... – la corto la frase con un beso, un beso de verdad, un beso que se alarga hasta la puerta de la casa de mis abuelos, mi casa. ¿Quizá mi abuela ya supiese de todo esto? Ahora me da igual, después me reiré con ella de todo lo que ha sucedido. Tomas abre la puerta, ha cambiado la cerradura, pero el interior sigue estando igual. Sin dejar de besarle, le abrazo, y agarrándome del culo me alza para que me enganche con las piernas a su cintura, y así subir hasta el que fue mi cuarto.

Con cuidado me apoya sobre la cama y se tumba encima de mí, sin separar sus labios de los míos. Y por primera vez en años, un te quiero se escapa de mis labios, seguido de un débil eco que baja a besarme el cuello. Las lágrimas empiezan a salir de mis ojos y Tomas me susurra al oído lo llorica que puedo llegar a ser, pero no puedo decir nada, sonrío, le abrazo y le beso en el cuello. Tantos meses confiando en el nunca estaremos juntos y deseando en secreto el siempre me obligan a coger aire y respirar, es real, todo lo que acaba de suceder es real. Leyéndome la mente, me muerde el cuello para que sienta el dolor del que los sueños nos alejan y le respondo de igual manera.

El baile de nuestros cuerpos celebrando el reencuentro se alargó hasta que la hora de comer se hizo notar en los rugidos del estómago. Según el viejo reloj de la cocina eran las cuatro de la tarde cuando empezamos a preparar la comida, ya que Tomas se había tomado la libertad de llenar el frigorífico y la despensa con un montón de comida. En realidad no tardó demasiado en confesarme que habían sido Sonia y Alba las que se habían encargado de hacerlo. Me sorprendí de que hubiesen sido capaces de guardar el secreto, pero observando a Tomas, de pie, con el delantal, cortando los ingredientes para una ensalada, no era de extrañar, seguía teniendo el mismo aire de líder que siempre ha tenido y nunca he querido reconocer.

El impulso de abrazarle y besarle me asalta varias veces durante la comida y todas las veces me responde el gesto multiplicando las pulsaciones de mi corazón. Ya no hay dudas revoloteando en mi mente y las últimas palabras que me dijo mi abuelo van cobrando sentido, pero todavía me queda mucho camino por recorrer. Una etapa ha terminado y otra comienza.

Aún no se ha hecho de noche cuando Tomas me invita a comprobar lo bien que funciona el teléfono, también se ha ocupado de eso. Primero llamo a mi madre, que se sorprende casi tanto como yo y me transmite la enhorabuena de parte de mi abuela. Mi padre ya lo sabía, era él el que se ha encargado de los papeles y mantenerlo en secreto. Por primera vez en años puedo sonreír de algo que ha hecho y sentirme orgullosa del cambio que ha dado desde que perdimos al abuelo.

Los días empiezan y terminan demasiado rápido. De un lado para otro, Tomas me incita a sugerir las remodelaciones que quiera en la casa, pero después de firmar el papel que me inscribe como copropietaria del inmueble, sigo sin ser capaz de creerme que estoy en mi casa. Tampoco soy

capaz de imaginarme un futuro en el pueblo, nunca lo había siquiera pensado, pero él ya me ha pedido permiso para montar una consulta veterinaria en el garaje, a lo que no tengo ninguna pega. Con las primeras reparaciones y reconstrucciones, el padre de Tomás se pasa a echarnos una mano y darnos la enhorabuena, no puedo evitar pensar que es como si todo el mundo pensase que estamos casados, y en ocasiones hasta lo parece y no me importaría. Pero los dos compartimos que es demasiado temprano para dar el paso sin haber comprobado que soportamos vivir juntos. Contamos con la ventaja de conocer los errores que nuestros padres cometieron y les llegaron a separar, y ninguno de los dos queremos repetirlo.

La fiesta se trasladó a nuestra casa una semana después con la clara muestra de envidia de las otras dos parejas, que a pesar de haber cumplido más de un año juntos no podían aspirar a vivir bajo el mismo techo. Pero su consuelo quedaba en que, en realidad, nosotros llevábamos más tiempo juntos del que reconocíamos y reconoceríamos algún día. En algún momento de la noche, comenzaron a desenterrar recuerdos para interpretarlos de tal forma que Tomás y yo ya estuviésemos ligados por el destino. No podía dejar de reírme, porque en el fondo yo también lo pensaba. Habían sido seis meses muy largos en los que había tenido tiempo de sobra para recordarlo todo, interpretarlo de todas las maneras y conservarlo en mi mente de la manera más objetiva posible, aunque el subconsciente siempre permanece escondido con sus macabras ideas en un rincón.

Epílogo

Marcos, abuelo, padre, esposo. Para mí no solo fuiste lo primero, pero estoy segura de que para todos, eras también un amigo con el que compartir secretos y llorar en silencio. Durante todos los días que pasamos juntos siempre fuiste sincero y supiste lo que decir o hacer para que fuese feliz. Compartiendo tú helado con una nieta egoísta que había dejado caer el suyo, corriendo tras ella cuando se caía en el parque y curando sus heridas con el cariño que tanto te ha caracterizado siempre. Un cariño de dulzura mezclada con picardía del que era muy fácil enamorarse y que tanto admiraba. Después de un año todavía no he sido capaz de descifrar aquellas palabras que me susurraste sin yo saber que serían las últimas y que ahora, se han convertido en parte de mi vida y siempre están presentes aunque tú ya nunca lo vayas a estar. El recuerdo permanecerá vivo en todos los que te amamos por siempre, y nunca te olvidaremos.

